

FONDO EDITORIAL
TIERRA ADENTRO

250



Bajo el pretexto de describir las andanzas del doctor Khiffer, Antonio Calera-Grobet no sólo nos sumerge en una cosmogonía construida a partir de una lógica aterradora, sino nos ofrece la impresionante crónica de una sociedad regida por el racionalismo más radical. Se trata en definitiva de la evocación magistral de nuestros sueños de futuro más audaces, plasmados en una crónica absolutamente excepcional. A manera de réquiem por una civilización muerta, *En la cúpula de Globe* está construida con tal precisión que muestra no sólo un implacable encadenamiento de sucesos, sino la interdependencia de una serie de elementos capaces de crearle al lector la sensación de que no es cierta su aparente y privilegiada condición de testigo. Luego de la lectura de este libro sabrá que se encuentra inmerso en una serie de reglas extrañas y despiadadas de las cuales nunca se podrá librar.

MARIO BELLATÍN

*Antonio
Calera-
Grobet*

EN LA CÚPULA
DE GLOBE



CONACULTA
HACIA UN PAÍS DE LECTORES



FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO 250

EN LA CÚPULA DE GLOBE

Antonio Calera-Grobet



LA CONACULTA
HACIA UN PAÍS EN LETRAS

EN LA CÚPULA DE GLOBE

Antonio Calera Grobet

Antonio Calera Grobet

EN LA CÚPULA DE GLOBE



por su padre
para su amor
en memoria de R. G. P.

FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO 250



Primera edición 2002

Diseño de portada Calera Grobet

Antonio Calera

DR. 2002 Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Avenida 40, Guatemala, D.R., C.P. 01070

Las características físicas y tipográficas de esta edición

son propiedad del Conaculta.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción parcial

o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la

reproducción y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa

autorización por escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Impreso y hecho en México

CONACULTA
HACIA UN PAÍS DE LECTORES

Antonio Calera Grobet

EN LA CÚPULA DE GLOBE



FONDO EDITORIAL TIERIA ADEINTRO 230



Primera edición 2002

Diseño de portada: Carlos Alvarado

©Antonio Calera

D.R. © 2002 Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Arenal 40, Chimalistac, D.F., C.P: 01070.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición
son propiedad del Conaculta..

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción parcial
o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la
reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa
autorización por escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Impreso y hecho en México

ISBN 970-18-8342-X

CONACULTA
SECRETARÍA DE CULTURA

Conaculta

*por mi padre
para los míos
en memoria de R. G. P.*

a Elvia Navarro Jurado

por un punto
para la vida
en memoria de R. C. H.

El libro "Nuestro mundo"



Filmar sobre DDC

Comité de gestión Carlos Álvarez

Edificios Galaxia

100-0000 Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Avenida 44, Ciudad de México, D.F., C.P. 06700

Este documento es propiedad intelectual de sus autores

con propiedad de los derechos.

Se permite la reproducción parcial o total de este documento en cualquier forma o por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría y se permita la libre circulación de la información. La reproducción de este documento en cualquier forma o por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría y se permita la libre circulación de la información.

Se permite la reproducción parcial o total de este documento en cualquier forma o por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría y se permita la libre circulación de la información.

Se permite la reproducción parcial o total de este documento en cualquier forma o por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría y se permita la libre circulación de la información.

Se permite la reproducción parcial o total de este documento en cualquier forma o por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría y se permita la libre circulación de la información.

Se permite la reproducción parcial o total de este documento en cualquier forma o por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría y se permita la libre circulación de la información.

Se permite la reproducción parcial o total de este documento en cualquier forma o por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría y se permita la libre circulación de la información.

Se permite la reproducción parcial o total de este documento en cualquier forma o por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría y se permita la libre circulación de la información.

Se permite la reproducción parcial o total de este documento en cualquier forma o por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría y se permita la libre circulación de la información.

Se permite la reproducción parcial o total de este documento en cualquier forma o por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría y se permita la libre circulación de la información.

*Nowhere does man need to wage
a more desperate fight against
the hostile forces of nature (...)
In light of this, the film may be considered
as a study of human Geography.*

Luis Buñuel

*Filosóficamente hablando, no creo en la posibilidad
de una liberación humana,
pues nuestros actos no sólo son determinados
por compulsión extraña,
sino también por necesidades inferiores.*

Albert Einstein

Que si le sería otorgada o no la Medalla de las Naciones al doctor Khiffer. Ésa era la duda de las mesas de redacción: que cómo iba a ser posible semejante barbaridad habiendo tantos nominados de prestigio; que en todo caso la medalla debía otorgarse a todo el equipo; que era por mucho un acto obligatorio. Mientras los especialistas trabajaban por lograr algún acuerdo, antes de que se filtrara a la prensa la decisión final del Gran Jurado, se adelantó una Mención de Honor por parte de la Asociación Verde Internacional. Y si bien se trataba de un nombramiento menor a aquella honorable distinción, en la nueva casa del doctor Khiffer, no la de la residencia en la colonia Luxury sino la del Campestre Club, un traslado que atribuyó a su urgencia de privacidad, se veía en el centro de su comedor, bien situado en el espacio y rodeado de arreglos florales, aquel diploma en metal dorado que decía entre otras cosas: *un abrazo sincero a la persona, todos los laureles a la trayectoria científica del creador de Globe.*

Y es que era lo adecuado. La crítica especializada de todo el orbe, como la agrupada en la revista *Scientific Laws*

o la célebre *Pangeas*, había dedicado números completos al estudio de las estadísticas finales de Globe. En sus columnas no pocos científicos aplaudían los resultados del experimento, considerándolo con amplias posibilidades de ser asentado como el inicio de la vanguardia, tal vez uno de los más importantes de la década. Como si esto fuera poco, incluso los órganos de oposición a los anteriores, ciertamente de una línea más ortodoxa como el *Universe Génétique* y el *Cosmogony*, atribuían cálidos adjetivos a lo que llamaban *la generosa actitud visionaria* del doctor Khiffer. Por este arrebato de frases gaseosas la audiencia por radio y televisión para la salida de los integrantes fue considerada, a pesar de su visible adelanto, la cuarta mayor registrada en el primer semestre del año, tan sólo detrás de una histórica boda de nobles, la famosa entrega de premios musicales *Neo*, y un famoso programa en español de discusión en vivo.

En el instante en que las manivelas de la compuerta principal dieron su última vuelta, debieron contarse en decenas de miles los espectadores impacientes frente al televisor. La primer silueta que se observó abandonar la cúpula fue la del doctor Khiffer, quien al sentir la algarabía de las felicitaciones respiró hondo y saludó agradeciendo a la concurrencia. El gesto cautivó a los reporteros, quienes respondieron tumultuosamente con las centellas de sus cámaras fotográficas. Por los distintos idiomas que reportaban la noticia se dejaba sentir la importancia de la reunión. Por primera vez desde el lanzamiento de la nave *Beyond* para perderse en el infinito cinco años atrás, las agencias noticiosas de mayor renombre, sin importar su

diferencia de líneas y dejando a un lado las querellas acostumbradas, se reunían, a decir de la reportera titular de *Tevemundo*, por la *pureza de la ciencia y la fraternidad entre los pueblos*. Cuando el doctor Khiffer intentó abrirse paso, los periodistas estiraron sus micrófonos con la intención de arrebatar al científico un pensamiento para primera plana, un autógrafo dedicado o por lo menos una fotografía tomada al tanteo sobre la multitud. Como esto en muchos casos fue imposible, no faltaron los gritos y las palabras altisonantes que reclamaban al equipo de Seguridad del Departamento Central su actitud hostil ante los medios de comunicación.

Detrás del paso del doctor Khiffer, cuatro miembros no identificados del Departamento Central acompañaban a los integrantes de la ya famosa «tripulación» de Globe. Notoriamente agotados por las milimétricas tareas al interior, no respondieron a las preguntas, no hicieron caso alguno a las grabadoras de la prensa: que habían decidido partir rápidamente a su lugar de origen; que se les veía extenuados y bajos de peso según las fotografías de archivo; que comprendían su estado de ánimo y algo más relataron los periodistas a su espacio noticioso. Según informes del sorprendente boletín publicado unos minutos antes de la apertura de la cúpula, el experimento *no sólo había sobrepasado los pronósticos más optimistas* sino que incluso un sector importante del mundo científico anunciaba la pertinencia de su continuación: que no se desestimaba la posibilidad de una segunda fase del mismo, que podrían continuarse así los experimentos en un futuro no muy lejano, que esperaban así fuera por el bien de los amantes del método científico.

Como si se tratara de ilustrar la resonancia de dichos comentarios, la televisión mostraba, mediante enlaces en vivo, imágenes de cada uno de los condados de procedencia del equipo de Globe. En ellas, decenas de amigos y familiares de los seis participantes organizaban ya su fiesta de bienvenida, el marco idóneo para recibir de manos de la autoridad local una condecoración al mérito ciudadano, el honor de bautizar en el futuro una calle o escuela con su nombre, o por qué no las llaves simbólicas de su comarca.

La televisión cubrió el camino de los integrantes hasta el abordaje del helicóptero. Aunque sus pasos fueron largos, las cámaras reflejaron su tranquilidad en el rostro, esa liberación de saber que después del largo confinamiento, pronto estarían de nuevo en casa. Uno a uno fueron subiendo a la aeronave. Cuando el último hubo abrochado su cinturón de seguridad, las hélices tomaron velocidad y altura hasta que la máquina se perdió de vista. Ya fuera del alcance de los acercamientos de las cámaras, toda vez que los ventarrones cesaron permitiéndoles ver con claridad, los comunicadores tomaron la palabra: que no se trataba de un punto final sino de un descanso en la relación entre el hombre y los misterios del mundo, que no se olvidara que el teleauditorio ya era testigo de la historia, que el experimento en la cúpula de Globe sería recordado por mucho tiempo.

Nunca se había autorizado el suficiente presupuesto para una investigación de tales magnitudes y, en realidad, ni siquiera los maestros decanos del Departamento Central recordaban ningún apoyo similar. Tal vez por la reiteración de estados de alerta financiera en el pasado de la institución, una versión que cosquilleaba de nuevo por los pasillos de varias oficinas, o quizá por el descrédito causado hacía algunos años por el grupo más pujante de las organizaciones civiles. Reunidas en lo fundamental por sus esfuerzos a favor de la naturaleza, lograron apropiarse de varios documentos confidenciales del Departamento Central. Según la versión publicada por varias revistas de divulgación, quedaban comprobados así los rumores sobre la fuga de un virus desconocido sobre las aguas de la laguna de Southland: que las carpas del lugar flotaban por miles; que fue forzoso pedir el apoyo de la sociedad para enterrarlas cerca de la zona turística; que fue cancelada la renta de botes y por su puesto la pesca deportiva en el lugar. Favorablemente para la imagen de los proyectos futuros del Departamento Central, los jueces internacionales que

visitaron el área desmintieron los daños irreversibles al entorno, al mismo tiempo que solicitaron a las organizaciones acusadoras cubrieran la indemnización correspondiente. Meses pasaron después de aquellos sospechosos acontecimientos, pero no fue sino hasta mucho después cuando algún privilegiado recibiría de nuevo la estafeta de las inversiones científicas: el doctor Ariel Khiffer Von Streigt.

Como era sabido por todo el gremio de la Facultad de Ciencias, su familia gozaba de una reputación intachable y no sería posible desligar al científico de aquella cuna noble de amplias perspectivas. Ya que lograba siempre las calificaciones más altas del grupo, su historial académico era impecable además de mostrar a cada momento una inmejorable conducta y una abnegación para el estudio pocas veces vista. Por lo demás, ninguna otra persona de su generación sumaba más años intentando acaparar la atención del Departamento Central, esto incluso en detrimento de su actualización con respecto a las nuevas líneas de la llamada sociobiología experimental. El doctor Khiffer había peleado lo suficiente para que el proyecto fuera autorizado. Emprendedor desde la infancia por la influencia de su padre y su abuelo, no demoró en colocar algunas conferencias en las facultades más distinguidas, en llamar la atención de varios empresarios y funcionarios de alto nivel. Una vez atraída la atención científica, los planes calculados por su grupo de estrategias no demoraría en engancharlo a un pez considerablemente gordo: una serie de comunicados anónimos a las embajadas, a los medios de comunicación y hasta a la prensa sensacionalista más atre-

vida haría que los rumores sobre el experimento corrieran como lava. Así, en cuestión de pocos meses, Khiffer fue llamado por el Departamento Central a conversar sobre el proyecto a puerta cerrada.

Al tercer día de sesiones el doctor Khiffer salió de la sala de juntas con las firmas necesarias para la votación afirmativa. Caminó apresurado por los pasillos sin dirigirse a sus antiguos colaboradores en el Departamento de Estudios Genéticos y, sin regalar un solo gesto al portero del estacionamiento, un viejo cuidador que por costumbre corrió a levantar la pluma de salida pidió al chofer que abandonara las instalaciones lo más rápido posible. Al día siguiente los tabloides darían la noticia de que el experimento en la cúpula de Globe figuraría en la programación del Departamento Central, no sólo para inyectarse con apoyo oficial sino también privado, así como algunas de sus características generales.

Entonces fue necesario configurar un equipo de científicos para analizar por última vez el fajo de cientos de páginas de proyecto y enviar cuanto antes la solicitud a la televisión. Se requerían cuatro voluntarios calificados que como principal requisito deberían presentar un CCS, un Cuadro Clínico Sano, además de reunir algunas características psicológicas. Esto significaba que no padecieran alguna enfermedad contagiosa ni tampoco sufrieran de algún otro tipo de malestar crónico en estado de latencia. Sumado a esto deberían acreditar los tests de motricidad fina, de ausencia de alergias y extrañamente otro tipo de estudios con respecto a la antropometría. Como última medida de seguridad, procedimiento que causó ciertas controversias en los

medios de comunicación, era indispensable que carecieran de antecedentes penales, pudieran comprobar la posesión de cierto tipo de bienes y se comprometieran a suspender sus labores por tiempo indefinido: que eso era demasiado, que la convocatoria publicada no prevenía a nadie de las largas filas en las casetas oficiales del Departamento de Salud, que los análisis médicos tomarían en cuenta las capacidades de interacción de los interesados. Como si no fuera suficiente, se quejaban los analistas en diferentes foros televisivos, un ligero entrenamiento físico les sería impartido gratuitamente por el Heroico Batallón de Veteranos.

A pesar de su ganada reputación por realizar sus trabajos de forma económica y eficiente, el doctor Khiffer solicitó un aumento del presupuesto inicial. Aunque el mapa del continente presentaba varios lugares físicamente propicios para la construcción de la cúpula, el científico demoró en considerar un sinnúmero de factores como el traslado de equipo y otros cálculos con respecto a la economía del país que albergaría el proyecto. Tras largos viajes de discusión acalorada con sus asistentes por barco y avioneta, el científico se inclinó por una selva de distancia intermedia al cabo de cuatro meses. Requirió además un avión carguero Gs-103, una grúa, un par de trailers *Preston* de doble remolque y un personal de doscientas cincuenta personas entre obreros y técnicos, además de una reserva alimenticia sumamente costosa.

Tras haber distinguido el sitio para el levantamiento de Globe, el doctor Khiffer enviaría a la prensa un texto por correo computarizado sobre los avances logrados hasta el momento. Los antecedentes del nuevo reto en su carrera

podrían encontrarse treinta años atrás, cuando él mismo y sus compañeros universitarios planearon un experimento dentro de la asignatura titulada "Comportamiento de especies en hábitat controlado". En aquella ocasión, en menos de cuatro meses se logró la convivencia pacífica en varios grupos de insectos y pequeños mamíferos, con el recordado triunfo de haber logrado un relativo cese de agresiones mayores y un grado considerable de libertad de movimiento. Aquella antigua tesis, que daría nacimiento a la actual, estaba fundamentada en la posibilidad de encontrar similitudes entre la vida comunitaria de dichos ejemplares y la raza humana, y de programar por consiguiente la convivencia pacífica entre seres de la misma especie.

Quizá otro de los experimentos pioneros que más habían aportado a las teorías de la cúpula fue el realizado a principios de siglo por la Libre Congregación de Físicos y Químicos, dirigida coincidentemente por el mismo padre del doctor Khiffer. Siendo éste un serio investigador de la medicina antigua, sus ejercicios en el laboratorio intentaban fusionar la sabiduría ancestral sobre los fluidos del cuerpo y su relación sobre el temperamento de los hombres con las capacidades de lectura de los aparatos tecnológicos más recientes. Se trató de un experimento con mandriles a puerta cerrada del que únicamente se conservan algunos datos preliminares y algunas fotografías en mal estado. Y aunque el experimento cometió mutaciones, trepanaciones y aplicaciones de corriente eléctrica al cerebro de los ejemplares, ningún organismo protector de animales pudo acusar a los responsables. A pesar de haber calificado dichas conductas como "primitivas por su lesa humanidad", lo cier-

to es que las convenciones médicas mundiales en aquellos tiempos las permitían con toda legalidad. No obstante todo ha quedado en el pasado y la reputación de la familia Khiffer se ha mantenido intacta, no se saben a ciencia ciertas las causas del cierre de éste último proyecto. Toda vez que los jóvenes pasantes han solicitado información al respecto, el personal docente del Departamento Central no duda en poner su dedo índice frente a los labios y dar la espalda.

A pesar de aquellas experiencias de alguna u otra forma sobresalientes para el avance de la ciencia moderna, resultaba extraña la fácil aceptación de Globe ya que representaba mayores dificultades que cualquier otro proyecto sometido a votación de la Directiva de Decanos del Departamento Central. Además de la dificultad de limpiar y aplanar varias hectáreas de suelo plantado, y negociar tales licencias diplomáticamente era cada vez más costoso, se tendría que construir una cúpula gigantesca que funcionara como entorno natural para cientos de especies entre vegetales y animales, así como del grupo humano encargado de mantener el equilibrio en el lugar gracias a la comandancia del doctor Khiffer: que por lo absurdo del experimento se trataba de una tomada de pelo, que significaría abrir un espacio en la tierra para la reflexión del ser humano dentro del paraíso primigenio, que era obvio se trataba de una artimaña para que el científico pudiera gobernar a caprichos su propio mundo, que era una prueba de que no todo estaba perdido en el corazón de los hombres, y que sería un pretexto para otros propósitos cuyo fin no tendría éxito, opinaron encontradamente un astrólogo y un joven novelista para un programa de televisión.

Inmediatamente después de que arribaran las maquinarias y el personal al país anfitrión del experimento, se analizó con meticulosidad el estado óseo, anímico y de nutrición de cada postulante. Tal fuerza era necesaria porque los cálculos no eran alentadores. Según los especialistas, serían diecinueve las semanas que les llevaría fabricar únicamente el fuselaje principal de la media esfera. En resumidas cuentas, se excavaría para ubicar los cimientos, se embonarían miles de costillas de metal con tuercas gruesas de estructura para edificio y en algunas partes se anexarían pedazos de aluminio de alta resistencia. Los primeros registros del Departamento Central sobre las extenuantes rutinas de trabajo señalaron un mayor índice de efectividad en los equipos nocturnos. Por razones obvias, las elevadas temperaturas bajo el sol y el alto nivel de humedad eran las variables a vencer. Para evitar el gran número de insolaciones se formaron grupos que laboraran intermitentemente: mientras el grupo de corte No.1 descansaba de seguetas y guantes de carnaza, el No. 2 y el No. 3 cumplían sus obligaciones. Lo mismo sucedía con los equipos

de soldadura, electricidad y drenaje. A pesar de dicha medida, como las jornadas difícilmente se interrumpieron salvo por las horas de dormir, los efectos del cansancio no se hicieron esperar.

Un día cercano al trece ocurrió un contratiempo. Se dice que por falta de sueño aunque no se tiene la seguridad de ello, un adulto del equipo de corte No. 4 sufrió un percance con la sierra para metal. La cosa no pasó a mayores. Se paró la hemorragia, se suturaron las heridas y, envuelto en varias frazadas para recuperar el calor corporal, el herido permaneció unos días en la enfermería para su observación. Aunque el obrero tuvo que ser removido de su plaza, no se le despidió sin antes ser beneficiado con el pago de dos jornadas y un par despensas. Sumado a esto, como un gesto de compañerismo de su jefe de brigada, le fue aceptado que entregara su overol de trabajo a un familiar cercano, esto sin necesidad de cumplir con los exámenes correspondientes. Fue una lástima que después del penoso incidente comenzara a correr el rumor de que varios obreros, realmente intactos y saludables, habían fingido heridas de gravedad en la zona de fundición y llevaban días festejando su falso inicio de gangrena con goce de sueldo. Los agentes de seguridad se encargaron del despido de los farsantes. Y no es que la suma del seguro médico hiciera olvidar cualquier apremio pero significaba una grata recompensa después de varias jornadas de redoblada labor.

Para evitar que se repitieran estas irregularidades, los especialistas en entretenimiento del Departamento Central decidieron acabar con la presión de los subordinados

ideando una fiesta para los obreros de Globe. Como una dadiva de lujo, un máximo de cincuenta trabajadores que quisieran invitar a algún familiar, podrían hacerlo una vez aceptada la forma de pago de su pasaje aéreo en las Oficinas de Finanzas del Departamento Central. De esta forma, gracias a una pequeña aportación de su salario, podrían estar de nuevo con sus seres queridos antes de la segunda fase de la construcción. El lugar para la celebración se levantó en dos días. El equipo de carpintería No. 4 construyó el templete para los músicos, y la pista de baile fue hecha orgullosamente por los miembros del equipo de corte No. 7. Ello quedaba claro debido a las firmas y dibujos que habían hecho con un soplete en los tablones bajo una cubierta de barniz. Todo estaba listo para celebrar acompañados de un conjunto musical que amenizaría la reunión con un repertorio de *covers* famosos de décadas atrás y algunos éxitos del momento.

Aunque la noche de baile acercó a los grupos de enemistades y brindó al personal el ánimo planeado, se habló incluso de que el Departamento estudiaría la posibilidad de que una rocola amenizara los días restantes, los tiempos que siguieron fueron grises. Debido a un recorte presupuestal se daría marcha atrás a la compra de nuevas casas de campaña y, como era fácil suponer, fue sólo cuestión de tiempo para que las existentes presentaran una plaga de insectos parecidos a las chinches. Noche a noche, los endemoniados insectos fustigaban las carnes de los obreros. Por tal motivo, un grupo de trabajadores ya cansados por las molestias se dirigió a la bodega de materiales para extraer algunos litros de diesel: que pensaron aquello ter-

minaría con el suplicio, que el olor penetrante del combustible los mareaba hasta reventarles la cabeza, que sería mejor convertir los camiones que rodeaban la estructura en dormitorios rodantes explicaron a sus superiores. De esta forma, desde la canastilla de la grúa más alta pudieron observarse dos círculos concéntricos. En uno de ellos se amontonaban los fierros de la cúpula, en el otro se acostaban los obreros dentro de camiones dormitorio. Como los camiones existentes no bastaron, muchos prefirieron improvisar algunos compartimentos con pedazos de madera y varas, o bien con la retacería restante de la estructura. Se arrepentirían pronto de su atrevimiento. A pesar del repelente o los ungüentos proporcionados por la enfermería, sus horas de sueño fueron interrumpidas por el temible *mosquito bola*. Se trataba de un viejo castigo al que sólo se habían acostumbrado los trabajadores nacidos en el lugar, que provocaba una comezón intensa en las erupciones de sus picaduras por la alta alcalinidad de su saliva. Nadie podía salvarse de aquel tormento que, de paso, interrumpía el sueño más pesado con su zumbido constante.

Como si fuera necesario aumentar las tensiones, en una noche como cualquiera en la que nadie intentaba conciliar el sueño sin antes prender fuego a diversos tipos de insecticida en barra y rociar repelente sobre su cuerpo, un tejón asomó la cabeza por uno de los boquetes de las láminas. Al no percibir movimiento alguno, el animal descendió hasta ser atraído por el olor de unos calcetines enrollados en un par de botas industriales. Olisqueó una y otra vez los pedazos de tela húmeda para después orinarlos frente a los ojos cerrados de su dueño. Antes de partir,

el intruso tomó en su hocico una colcha pequeña y la llevó como botín a su madriguera. Así se tuvo noticia de la nueva amenaza. Como las pequeñas casillas para dormir habían sido levantadas a unos pocos metros de los recolectores de basura, la guerra con las hormigas, los tejones y las ratas de campo iría más lejos. Después de trepar por los contenedores, después de que los hocicos y patas de los animales mermaran poco a poco la forma adoptada por las bolsas, el contenido de su interior terminaba creando montículos de basura. Mordisqueadas, las bolsas de plástico daban contra el suelo haciendo salir, además del dulce olor característico de los restos en descomposición, un gran número de lombrices y gusanos que debían recolectarse por razones de higiene.

Con respecto a la vida nocturna, en varias ocasiones fue necesario sancionar a los equipos menos disciplinados: que las risas y el barullo del grupo de Soldadura No. 22 debía terminar de una vez, que probablemente junto con el Corte no. 12 introducían bebidas alcohólicas al lugar, que sería la última advertencia antes del castigo, reportaría un miembro voluntario del equipo de seguridad del Central.

Otra situación lamentable fue la del calzado. Por un fraude de la surtidora, alrededor de cuarenta cajas que debían contener un par botas industriales no presentaban más que algunos volantes alusivos a las sucursales de la empresa fabricante. Como una medida provisional se decidió reforzar el calzado para trabajo duro cosiéndolo con agujas curvas y varios rollos de hilo de *nylon*. Las ampollas aparecieron y la caseta de primeros auxilios debió atender

a una fila nutrida de varios obreros que fumaban cigarrillos locales con impaciencia.

Con todo y que el trabajo de las grúas removiendo hierba y los rodillos de los tractores aplanando la zona no permitían detenerse mucho en los problemas, los trabajadores en la obra idearon escapes de inmediato. Se inventaron juegos con las fichas de los envases de bebidas, algunas apuestas para saber quién poseía el cuerpo con más cicatrices o tatuajes y, aunque el concurso de escupitajos gozó de gran popularidad sobre todo al apostar botellas de cerveza, el primer lugar en las preferencias nunca fue cedido por el balompié. Una vez que se negó la primera propuesta de árbitro designado, coincidentemente el mismo obrero que había sorteado los buenos dormitorios, se hizo lo necesario para ubicar el terreno de juego. Teniendo como portería los tubos inclinados de los tendedores de ropa, se organizó un torneo ordenando por eliminatorias. Ni siquiera la lluvia pudo frenar la pasión por el torneo. Empapados y repletos de fango se sucedieron los partidos y una que otra gresca colectiva. La comida ofrecida como primer premio fue para un equipo de obreros locales que, no era un secreto para nadie, sumaba dos campeonatos amateurs en la comarca.

El doctor Khiffer se encontraba cerca de tachar casi todos los pendientes de su calendario. Se realizaban ya los trabajos de postura y sellamiento de los vidrios de la cúpula, así como la del cableado eléctrico subterráneo. Al finalizar esta etapa se daría paso a la de más cuidado que, en palabras del doctor Khiffer, consistía en una fase de *vitalización profunda*: introducción de varias toneladas de tierra, plantas y semillas, fumigación de plagas y huevecillos dañinos, reproducción de hábitats para la ubicación paulatina de los animales, construcción de la casa para los miembros del equipo Globe. La tarea no era sencilla. Como primer paso se debía situar un primer piso de piedras calizas para luego sobreponer otro de tierra oxigenada, rica por su nivel en bacterias saprófitas. La tierra de la segunda capa era distinta en cada sector. Varios miles de kilos fueron traídos de estepas, otros de bosque de hoja caediza y otros más de la costa cercana. La tierra negra al nivel del mar es idónea para la nutrición vegetal debido a sus diversos minerales. Una capa superficial cubriría todo de roca chica, varias especies de

plantas y hierba, así como de grava coloreada para identificar cada una de las zonas.

La recreación de ambientes requeriría de los aparatos más novedosos para transplantar satisfactoriamente varios ejemplares de plantas, sobre todo las transportadas con fruto al experimento. Mediante un aspersor electrónico conectado a varios recipientes de plástico, capaz de detectar la más insignificante alteración de elementos, se surtiría a cada especie de lo necesario en dosis controladas. Oxígeno, nitrógeno, argón o bien medicamentos y fertilizantes líquidos en reducido porcentaje. Aunque las máquinas surtidoras de este tipo requieren la supervisión humana, habían mostrado grandes resultados en los invernaderos más actualizados y contribuirían a que las especies sufrieran lo menos posible su proceso de aclimatación. Con respecto al bióxido de carbono emanado por Globe, un mecanismo especial de diminutos respiraderos móviles entre cada cristal de la cúpula regularía su salida al exterior, equilibrando así la expulsión de gases tóxicos para el experimento.

Con respecto a la luz de la cúpula, se contaba ya con un moderno sistema de iluminación, y las pruebas del equipo se modularon por lo menos siete veces para que la brillantez de sus faros no dañara la flora del lugar. Al caer la noche, bajo la claridad de sus faros, el conjunto de plantas adquiriría un efecto visual que recordaba los paisajes reproducidos en aquel aparato de moda hace ya algunos años en el cual, mediante un jalón de palanca, giraban las fotografías tridimensionales de un disco.

La vista era espectacular y el amplio espectro de vida vegetativa se observaba desde lejos floreciendo una belle-

za sin igual: hortensias, orquídeas, bellagracias, cienfuegos, jacarandas de arbusto, astromelias, geranios fantasma, saras, renatas y otras decenas de especies abrían una diversidad asombrosa en la forma de sus hojas: acorazonadas, lobuladas, dentadas, ovaladas o casi circulares. Algunas de ellas, según informaría el mismo Doctor Khiffer más adelante, carecían aún de nombre científico o coloquial ya que se trataba de especies creadas recientemente por los laboratorios. Un buen número de estas plantas nuevas, parecidas a las que nacen con abundancia en los predios de la metrópoli, son parte de un programa de injertos para la industria del té negro. Una fábrica oriental de infusiones diversas de nombre La Rosa Morada había invertido una cuantiosa suma para las investigaciones en ese terreno. Como un acuerdo publicitario, cuatro tipos de tarjetas postales habían sido diseñadas por la empresa para anunciar su calidad de patrocinador de la causa.

Los puntos negros en el avance eran de menor importancia. Si el calendario mostraba algún retraso en las tareas de la fauna era debido a que algunas aves no contaban con las vacunas requeridas por la aduana, y el atraso en la limpieza del estanque para especies acuáticas se debía al lento efecto del químico neutralizador. Ya que menos de un décimo de gramo de polen grueso resultaría mortal para los peces de membrana delicada, aplicar este líquido ambarino era necesario para comenzar el trabajo en el acuario.

La finalización de la casa para los integrantes provocó cierta curiosidad en las comidas de los obreros: que si no pensaban era demasiado pequeña, que si habría ca-

mas grandes y mosquiteros en cada una de las habitaciones, que cómo era posible que el laboratorio del doctor estuviera separado del lugar, que a tal o cual le gustaría quedarse ahí con su mujer e hijos. La decoración de la cabaña para hospedar a los miembros de Globe fue encargada a un joven especialista que antes que nada eliminó los relojes de las paredes: que no era conveniente fijar la mente de los invitados sino hacerla volar durante el tiempo sin ningún lastre emocional, que los relojes son cárceles para el hombre libre, que disfrutaba mejor una pared sin el estúpido mecanismo para medir el tiempo dijo en su propuesta al Departamento Central. En cambio se decidió por pintar una espiral con colores degradados en la pared principal: que era la última tendencia en la arquitectura para grupos de trabajo, que ya se vería el efecto motivador en el futuro y algunos otros pensamientos sobre el respeto a la individualidad. No dudó tampoco en adornar algunos muros con las obras plásticas de una afamada pintora en el ambiente de la decoración. Según sus investigaciones, médicamente hablando los cuadros pertenecen al *abstract-peace*, una corriente ya consolidada por sus famosas piezas para cadenas de hoteles y restaurantes. Estaba convencido de querer salpicar por lo menos un muro de cada recámara con puntos de color blanco y situar una planta de helechos cerca del umbral de cada una de las puertas, ambas medidas para cumplir al pie de la letra con los requerimientos de una tradición ancestral para la circulación de energía. No eran pocas las comodidades. La sala de estar contaba con un tocador de cintas, una videograbadora, un ventilador y

una televisión de gran pantalla aunque sin antena para recibir alguna señal.

Con respecto a la biblioteca una pequeña colección de títulos fue reunida partiendo de los intereses marcados en los cuestionarios de selección. *The green kingdom*, premio de divulgación hace algunos años y *La nutrición aeróbica* de un investigador de la Universidad Estatal fueron los libros que el doctor Khiffer solicitó para complementarla. Los integrantes debían portar únicamente los artículos de uso personal que no estuvieran catalogados como *no convenientes* para el experimento. Por citar sólo algunos se prohibían a toda costa los instrumentos que provocaran contaminación por ruido como los rasuradores o cepillos eléctricos y, de manera reiterativa, los videojuegos y tocadores de cinta portátiles salvo que fueran escuchados con audífonos. Para la sala de estar debían abstenerse de escuchar algún tipo de música que saliera de los lineamientos que el mismo doctor Khiffer había dado a conocer con anticipación. Se aceptaba la música instrumental pero se prohibía tajantemente la música llamada "de choque". El Doctor Khiffer fue el primero en enviar su equipaje y entre los objetos más identificables figuraban un futón, una colección ampliada de fotografías de su familia y amigos, papeles oficiales enmarcados, una bata y sandalias para descanso, así como una gran colección de cintas con música vernácula y varias libretas de apuntes membretadas por el Departamento Central.

Por el amplio número de interesados en conformar el equipo Globe, el Departamento Central se vio en los apuros de crear un sistema similar al de su programa de vacunación. Así, los voluntarios encargados de la inscripción de postulantes, reconocidos por portar una casaca, una gorra y una identificación visible como uniforme obligatorio, acudirían con la papelería necesaria al domicilio del interesado para su registro. El papeleo se llevó al pie de la letra salvo por un incidente. La prensa notificó el caso de algunos oportunistas ya consignados que días después del cierre oficial de inscripciones, ofrecían fichas falsas por una alta suma. Un grupo de vecinos facilitó la ubicación de los impostores al colocar varios billetes en las puertas como carnada.

Después de almacenar en su base de datos un número clasificado de solicitantes, el vocero oficial del Departamento Central anunciaría a los medios de comunicación que a más tardar en cuatro días un equipo formado por universitarios haría una primera selección de los interesados. Posteriormente, tan sólo dos días después, serían se-

leccionados los cuatro ciudadanos que formarían el equipo Globe. Por razones de seguridad, el nombre de los seleccionados se mantendría en secreto hasta nuevo aviso.

Mucho antes de lo previsto, tomando por sorpresa a los periodistas de todo el orbe, tres semanas y dos días después comenzaron a recibirse las acreditaciones de prensa para la fiesta de inauguración. Dentro de las actividades para tal fecha, el boletín recibido anunciaba una recepción en el aeropuerto del país anfitrión, donde los más importantes políticos recibirían a la prensa internacional, así como una rueda de prensa en el lugar del experimento en la que tomarían la palabra los principales inversionistas del proyecto, así como el doctor Khiffer y el Director General del Departamento Central.

Como no hay plazo que no se cumpla, una vez llegado el ansiado día, la prensa internacional cubrió los acontecimientos al pie de la letra. Después de las ceremonias de protocolo, se realizó una comida al aire libre a la que asistieron los empresarios distinguidos del Departamento Central y donde, sin excepción, todas las escuelas de nivel básico de la localidad se encargaron del decorado. Decenas de arreglos de papel de china fueron situados en los faros principales, y con pancartas de cartulina se alzaron en manos de los profesores las palabras *Globe*, *Bienvenidos* y *Gracias*. Como recompensa a sus buenas notas, una escolta de niños locales en uniforme de gala brindó los honores al inicio del festín, llevando en brazos una bandera con el logotipo del experimento. Se dispusieron varias mesas sobre las que se lucieron los platillos de la región, y en un templete se bailaron algunas danzas regionales. A mitad

del festejo, acompañado de su esposa, el doctor Khiffer presentó oficialmente a los ciudadanos seleccionados para conformar el equipo Globe. Ellos en traje café de tres piezas, ellas de *blazer* claro, pero todos luciendo una corbata estampada con la silueta de alguna especie del experimento, fueron uno por uno subiendo al estrado mientras a sus espaldas varios jóvenes tronaban en el aire fuegos artificiales. Ya sobre el estrado, fueron dando lectura a un texto de su autoría pero corregido por el Departamento Central. Eran una mujer de nombre Melinda G.; un chico universitario, Chase J.; una mujer de edad avanzada llamada Phyllis Arries; un señor de color llamado Spencer y dos integrantes que a última hora se incorporaron como equipo de mantenimiento; una persona pequeña llamada Carlos Málaga, cocinero, y Amanda, una señora que debería encargarse del aseo. El momento fue aprovechado por los corresponsales de las agencias noticiosas más importantes. Entre ellas figuraba una cadena de televisión por cable que según se rumoraba, reclamaba al Departamento Central haber pagado una alta suma por la exclusividad de la cobertura. Al percatarse de la presencia de otros medios solicitaba cuanto antes la devolución de su pago millonario.

Una vez que todos los miembros fueron presentados a los medios de comunicación, tocó el turno al video de bienvenida que resultó ser todo un suceso de la imagen. Se hizo descender a control remoto una gran pantalla de tela sobre el escenario y se comenzó la proyección. Las primeras tomas resultaban más que emocionantes. Gracias a la cámara rápida se reducía la edificación del gran

domo a unos cuantos segundos, y toda esta velocidad se presentaba acompañada por el sonido de percusiones graves y un grupo de metales. La liberación de los animales dejaba atónitos sobretudo a los espectadores más pequeños, quienes gustaban de ver los olfateos a la lente y los rondines de los nuevos huéspedes. Segundos después, luciendo sus clásicos anteojos bifocales y portando una bata impecable que lucía los escudos tanto de su universidad como del Departamento Central y el logotipo del experimento, aparecía el doctor Khiffer delante de unos helechos de fronda gruesa. Con un tono de seguridad que provenía de sujetar fuertemente su libreta de apuntes, invitaba a la comunidad a seguir de cerca el experimento: que el camino estaba abierto a las macroexperimentaciones, por supuesto que Globe debía ser visto como un esfuerzo sin precedentes del Departamento Central; sí, cómo no, que afirmaba que centraría toda su atención en el factor humano, que agradecía al Canal Tres de televisión su apoyo a la difusión de la ciencia y demás. Durante los treinta segundos del mensaje que el doctor Khiffer leyó con apuntes, se presentaba en la parte inferior de la pantalla una franjilla móvil con todos los patrocinadores del experimento, misma que concluía con un largo número telefónico para aclarar cualquier duda o recibir cualquier otro donativo. La respuesta no se hizo esperar y la concurrencia se levantó de los asientos para brindar un aplauso al creador de tan enorme empresa. Dicha muestra de agradecimiento se hubiera extendido un tiempo considerable si no hubiera sido por el mismo doctor Khiffer, quien interrumpió a los invitados para pedirles se divirtieran ense-

guida. La celebración se llevó a cabo sin mayores contratiempos aunque tres lugareños fueron sorprendidos con varios bocadillos y botellas bajo el templete y algunos cubiertos y manteles resultaron desaparecidos. Al cabo de dos horas, a pesar de cierto mutismo de los integrantes, el ánimo de la concurrencia era por demás sociable. Entre los convidados al festejo se encontraban dos de los productores de la afamada puesta musical *Passions*, numerosos cantantes habituados a las listas de popularidad, un célebre psicólogo, un deportista recientemente adentrado al mundo de la política, así como varios personajes célebres de la vida social como el presidente de la Asociación Mundial de Amigos, quien aportó en un cheque de acrílico una cifra de varios ceros. Fue de llamar su atención lo atinado de acompañar las actividades por cuatro macacos dóciles que permanecieron propiamente sentados en una de las mesas centrales jugando a comer con los cubiertos. La fiesta finalizó hasta la madrugada y a decir de los gráficos publicados a la mañana siguiente en una revista de sociales, como no todas las damas que acompañaron a los empresarios pudieron subir a los camiones turísticos por sus propios pies, fue tarea del fornido equipo de seguridad fijarlas al asiento. Los primeros en abandonar el lugar fueron los directivos del Departamento Central, quienes al alzarse en vuelo dentro del helicóptero oficial derribaron algunas bancas del comedor temporal y estropearon el vistoso decorado. Los miembros del equipo Globe se hospedarían en una casa alquilada para tal fin y se darían cita a primera hora del día siguiente para la primera reunión formal.

A la mañana siguiente, la anciana Phyllis Arries fue la primera en bajar del autobús, ayudada por el conductor. Su inclusión a último momento se debió al altruismo mostrado por algunos miembros del Departamento Central, quienes conversaron con el doctor Khiffer sobre la conveniencia de dar cabida a una persona de su programa de pensiones. Phyllis Arries había perdido la movilidad en ambas piernas a raíz de un problema circulatorio varios años atrás. Un sedentarismo extremista y un hábito alimenticio excesivo en grasas le obstruyeron ciertas vías importantes, causándole primero insensibilidad y posteriormente atrofia. Acostumbrada a su percance, Phyllis Arries era autosuficiente y argumentaba necesitar poco la ayuda de otras manos que no fueran las suyas. Como lo había hecho constar en su expediente de ingreso, desde el fallecimiento de su esposo había fungido como la recepcionista en una fábrica de embutidos propiedad de su familia política. Chase J. y Melinda G. bajaron del auto conversando sobre curiosidades del ambiente. Ella había disuelto hacía algunos meses su primer matrimonio y abandonado desde entonces su profesión de ayudante secretarial en una de las tantas ramificaciones del Departamento Psicológico del Departamento Central. No podría decirse que estaba en su mejor tiempo. Su rostro era el de una mujer que comienza el cansancio prematuramente, aunque su teñida cabellera no dejaba espacio para una sola línea blanca y sus modos eran juveniles. Su mirada traspasaba los lentes de contacto color azul que le protegían y dejaba sentir una cierta frustración, probablemente algo de arrepentimiento por una vida demasiado apresurada.

Melinda había mentido en su cuestionario de ingreso y los encargados de la selección se habían percatado sin darle la menor importancia. Y fue fácil darse cuenta de sus falsedades porque caía fácilmente en contradicciones infantiles. A la cuarta respuesta diferente a la misma pregunta quedó claro que Melinda G. encajaba en el cuadro de las personas dependientes. Chase era un joven universitario aficionado a la informática, miope, que no dejaba ver nada distinto de cualquiera que a sus años se encuentre en ello. Su rostro dañado por las circunstancias de una edad recién superada y su arreglo despreocupado hacían percibirlo como un aprendiz necesitado de instrucción. Su nariz, el detalle más magnético de su presencia, estaba marcada por una línea horizontal creada a fuerza de empujarla hacia arriba cada vez que le sobrevenía algún tipo de nerviosismo. Un poco desentendido del aseo, delgado y con fleco lacio a la altura de la frente, gustaba de hacerse pasar por uno de esos chicos genios pero en realidad era un tipo común, proclive al hedonismo, que gustaba de reunirse con sus amistades para charlar sobre juegos de computo y algunas novedades tecnológicas. Al bajar del auto, el joven portaba en su mano izquierda una bolsa de tela a cuadros que contenía, además de varios fascículos de subliteratura, un avión militar de modelaje que como suele suceder, no sería armado completamente.

Spencer era un tipo de rostro trabado que sólo hizo a un lado su seriedad para saludar de reojo y con un leve gesto al doctor Khiffer, quien observaba al grupo con un té en la mano desde la puerta principal de Globe. Spencer representaba el mejor ejemplo de hermetismo. Sus faccio-

nes no dejaban ninguna puerta abierta para la clasificación más que la seguridad para aseverar que su cerrazón era voluntaria. Los otros dos, el señor Málaga y la señora Amanda, se protegían detrás de las espaldas de los demás integrantes. Utilizando las palabras empleadas por el mismo doctor Khiffer al requerir su inclusión, era obvio que se trataba de *un personal de tripulación, seleccionado únicamente por considerarlos un equipo de aseo sumamente servicial.*

El doctor Khiffer dio una palmada en la espalda a cada uno y los invitó a tomar un desayuno de donas y café mientras se conversaba al paso. Ya que los técnicos que daban los últimos vistos buenos al domo de Globe necesitaban de herramienta especializada que se enviaba en grandes embalajes, había una fila de cajas de madera con sellos aéreos estorbando el acceso. Esquivándolas llegaron a la vista principal. Desde una terraza estilo campirano se observaba, panorámica, toda la grandeza del proyecto. De izquierda a derecha el doctor Khiffer fue señalando los límites de la inmensa cúpula. Atrajeron de inmediato la región de platanares miniatura, el estanque para peces de clima tropical y, a un costado de éste, una parcela lista para sembrar un tipo tratado de trigo. También estaban los animales en sus jaulas al fondo del lado izquierdo y a unos diez metros a la derecha el laboratorio del doctor Khiffer a ras de suelo. Los *cortex*, la revisión de sistemas fisiológicos, los signos de desarrollo en ciertos injertos, las tablas para el registro de variaciones, magnitudes, estados generales y específicos en el comportamiento del lugar tendrían ahí su sitio de operaciones. A lo largo y ancho del domo, algo asombroso como un nuevo

horizonte, se oía a distintas clases de pájaros: petirrojos del norte, uno que otro picudo, varios niños azules provenientes de la máxima altura montañosa, así como la rara especie de pájaro soldado que muestra en la mollera una franja color café semejante a un casco de batalla. Era imponente el tamaño de los árboles que flanqueaban el camino hacia la frontera norte de la cúpula. En aquel límite se encontraba una bodega que no sería conocida por los miembros de Globe, y el doctor Khiffer lo anunciaría tajantemente: que se trataba de una bodega de madera repleta de roedores como continuación de un experimento sobre las generaciones crecientes en espacios reducidos, que debía considerarse un lugar peligroso, que no fueran a la bodega por su propia seguridad, que aquellos animales eran vectores de varias enfermedades graves y que no se arriesgaran por su propio bien.

El doctor Khiffer informó brevemente sobre los estudios en cuanto lo verde que se arrastraría por el serpentario: algo sobre las ardillas de cola esponjada, los gatos monteses, los instrumentos de medición camuflajeados por todo Globe y principalmente las obligaciones adquiridas por los integrantes. Spencer, que hasta ese entonces se había abstenido de colmar el ambiente de preguntas, fue encargado del mantenimiento general. Cavar zanjas entre las secciones, levantar uno que otro cerco, limar, perforar, lijar, clavar o reconstruir sería su trabajo. Melinda se encargaría del riego oportuno, de llenar las cazuelas de alimento, de enterrar la basura orgánica en los lugares marcados y, cuando fuera necesario, ayudar a Phyllis en alguna complicación. Estas tareas le impedirían a toda

costa el uso de sus cosméticos habituales, sobre todo la pintura de uñas, debido a que algún desprendimiento de químicos podría inhibir el resultado de un procedimiento y además resultan materiales demasiado atractivos para los escarabajos dorados y gladiadores. Chase debería almacenar los datos del experimento en la computadora del laboratorio del doctor Khiffer, así como ajustar el centenar de microcomponentes escondidos en los recovecos de Globe. Para ello contaría con el apoyo de un programa especializado para ejemplificar gráficamente los adelantos y rendir porcentajes y estadísticas diversas. Phyllis ayudaría al doctor Khiffer en la administración de pequeñas cuestiones y por una petición que ella misma le hiciera en la comida del día anterior, se encargaría de dibujar todos los bichos y animales que cruzaran por su camino. Por ello el bastidor en su recámara y las alturas desiguales de grafitos, tizas y gomas.

Correspondía el turno al servicio de la casa. Ya que el señor Málaga había comandado los ejercicios gastronómicos en algunos albergues y hospitales del décimo distrito de su localidad, y gracias a sus nociones de la *nueva cocina* obtenidas por la lectura de los folletos que adquiría gratuitamente en los supermercados, se encargaría de preparar la comida y del mantenimiento de la cocina. Sin que el grupo lo supiera y por orden del doctor Khiffer, el cocinero Málaga había adquirido un libro de recetas vegetarianas y bajas en calorías. Pensando en fortalecer con ello su imagen ante el grupo, el "cocinero sin levadura" como secretamente se le conocía en el área de cocina del Departamento Central por su defecto en la estatura, había forra-

do los dos tomos de aquel ejemplar con papel terciopelo y rotulado en ellos las frases *Recetario I* y *Recetario II*, para después situarlos en el especiero de la cocina a la vista de todos. Tratando de no perder la calma y sin mencionar una sola palabra sobre su malformación, el señor Málaga limpió su garganta y dio lectura, en una voz más grave de lo normal y ciertamente de manera atropellada, a la hoja que la señora del aseo le extendió. Se recibiría la ropa sucia por la mañana en la puerta del cuarto de lavado; las piezas deberían entregarse separadas, es decir la ropa de colores sólidos por un lado y la ropa de colores tenues por otro, y además era obligatorio anudar los calcetines para evitar extravíos o confusiones de propietario: que sólo así serían mandados a la lavadora para jabón orgánico biodegradable, que por la petición del interesado la comida podría sufrir un retraso de algunos minutos pero no de gravedad, que la señora Amanda además se encargaría de la enfermería y sin concesión alguna los lunes serían sus días de descanso, que esperaban la comprensión del grupo y no tener problema alguno, que gracias en nombre de Amanda y que esperaban lo mejor de lo mejor para todos, amigos nuevos en un proyecto tan importante para el mundo de la ciencia moderna y demás.

Terminada la repartición de tareas, el doctor Khiffer soltó al aire algunas preguntas capciosas sobre la confianza de los integrantes hacia el proyecto. Todos confirmaron su interés y la disposición absoluta para la causa pero, como la noche anterior se había analizado el reglamento interno, era la voz del grupo, movida realmente por la señora Phyllis, la que le solicitaba antes que nada

la extensión de sus facultades. Se hicieron algunas consideraciones sin ningún sobresalto y al cabo de algunos minutos se llegó a un acuerdo. Con sus debidas precauciones les sería permitida la hora de fumar y, como el doctor Khiffer ya había previsto, se autorizaría la recepción de objetos especiales por medio del cajón especial de forma reglamentada.

Cuando el doctor Khiffer notó que las peticiones habían terminado, se situó frente a los integrantes y solicitó su atención y silencio: que señoras y señores aquello no era un juego, que estaban a punto de iniciar su prolongado encierro en una cúpula de experimentos muy caros, que no iba a ser nada fácil soportar el ritmo de trabajo, que les agradecería mostraran toda su pasión, que eran fundamentales para el éxito de tan anhelado proyecto, que era la culminación de su carrera científica y un obsequio a la memoria de su abuelo y de su padre, que por favor se dieran cuenta de las dimensiones de lo que estaban por comenzar. Al terminar su pequeño discurso, observó fijamente a cada uno de los integrantes y preguntó si alguno deseaba echar un vistazo al exterior antes de cerrar la cúpula. Al no escuchar respuesta, abrió la puerta trasera de la casa y se dirigió por un estrecho pasillo hasta la compuerta principal para dar vuelta a las tres manivelas de seguridad. Una vez aislados, notificaría por el Teléfono Especial al Departamento Central que el experimento en la cúpula de Globe había oficialmente comenzado.

El Teléfono Especial había sido más que una necesidad una imposición del Departamento Central. Se trataba de un teléfono portátil, único medio de comunicación con el interior, que después de marcar tres dígitos clasificados hacía un llamado de emergencia tanto al departamento de policía y bomberos del poblado más cercano como a las fuerzas de seguridad del Central. Empotrada detrás del ropero del doctor Khiffer, invisible gracias a su parecido con la textura del muro, descansaba una caja de seguridad forjada a altas temperaturas con el dibujo distintivo de la Security Corporation, donde además del Teléfono Especial se encontraban otros artefactos conocidos sólo por el doctor Khiffer.

Otro cajón ideado por el científico se utilizaría para la recepción de cartas y paquetería. Se trataba de un simple mecanismo que unía dos pequeñas puertas, una hacia el exterior y otra al interior de la cúpula, por medio de la cual se podía obtener cualquier paquetería legal, cualquier herramienta o medicamento necesario. Para la importación o exportación se debería especificar por escrito el conte-

nido de cada paquete y una vez autorizado por el doctor Khiffer sería él mismo quien lo solicitara vía Teléfono Especial a las agencias internacionales de mensajería: que sabían perfectamente bien lo que estaba prohibido, que todo lo demás le fuera solicitado.

Después de concluir las explicaciones sobre el cajón de correos, los integrantes fueron llevados a sus habitaciones. Sin naturalidad alguna ya que se trataba de asuntos no relacionados con su persona, el doctor Khiffer confesaría al grupo no haber podido rechazar un ofrecimiento caritativo. Si debajo de cada umbral les daba la bienvenida un tapete tejido con alguna alusión natural como un zorrillo, un oso panda, un caballo a galope o un ratón sonriendo, se debía al gesto desinteresado que desde hacía mucho tiempo venían preparando las esposas de los directivos del Departamento Central: que recordaran a la señoras Betty Mayer y Linda Jones, ambas vocales del proyecto; que no podían olvidarse de la señora Grace Elway, la mujer del cabello blanco que había obsequiado a cada uno un marco para fotografías realizado con sus propias manos, que todas ellas eran mujeres siempre fieles a la causa; que a todas ellas les estaba muy agradecido y algo más que nadie entendió porque se trataba de un recuerdo personal del científico quien, después de su desvío, continuó presentando las instalaciones al equipo.

Por su amplitud, los cuartos alojaban perfectamente un perchero, una luna, un mueble de varios cajones vistosamente decorado y un baño personal completo. A un lado de la cama individual, a pocos centímetros de la almohada rellena de imitación de pluma de ganso, existía una

bocina para la comunicación local. Por medio de una cabina de audio situada en el laboratorio se transmitiría el contenido de una colección de cintas previamente grabadas con todo tipo de información sobre temas de Globe: nombre exacto de familias y subfamilias, información sobre las especies, algún dato sobre las líneas de evolución horizontal, mucho de esto en lengua muerta. Durante las primeras semanas se escucharía la historia clínica de algunas especies en investigación y se tratarían temas en torno a los experimentos más inmediatos. Todos los integrantes sin pretexto alguno deberían escuchar atentamente la señal, para después levantar una sesión de preguntas al respecto en la que su participación sería valorada en su expediente personal.

Luego de que los integrantes tuvieron el tiempo suficiente para acomodar sus ropas y artículos en sus habitaciones, el señor Málaga y la señora Amanda tocaron a las puertas: que los esperaban arreglados para la cena de bienvenida, que era una sorpresa para comenzar con el pie derecho, que el doctor Khiffer había permitido se abrieran dos botellas de vino blanco espumoso como obsequio de ambos para el equipo. Así fue. Primero tomó asiento Chase y luego lo hicieron al mismo tiempo Melinda y la anciana Phyllis Arries. Como el último en aparecer fue Spencer, la señora Amanda aprovechó que aún se encontraba de pie para pedirle de favor abriera una de las botellas y ayudara al señor Málaga a servir la sopa. Al escuchar la solicitud de la mujer de la limpieza, el señor Málaga se negó con una sonrisa y pidió a Spencer por favor tomara asiento y se relajara. Spencer obedeció pero no pudo dejar

de responder: que no había razón para solicitarle paciencia ya que no había ninguna tensión en él o en la mesa, que estaba para ayudar cuando fuera necesario, que buenas noches a todos y que sería mejor comenzar con esa sopa caliente. Comenzaron a comer. El doctor Khiffer había hecho traer del exterior aquella primera cena como regalo de buenos augurios pero se disculpaba en nombre de Amanda por no poder acompañarlos en la cena. Se trataba de una sopa verde hecha de verduras y una pierna de cerdo bañada en salsa de manzana y queso. Al terminar la sopa, Málaga se dirigió por la cazuela del guiso principal. Al destaparla, los integrantes se preguntaron por las burbujas saliendo a la superficie: que si no acaso requería un hervor, que tal vez ya estaba fermentada, que era mejor no comerla, que olía a podrido, que nadie era culpable y que mejor tomaran un café y fueran a dormir.

A la mañana siguiente, los integrantes fueron despertados por la voz del doctor Khiffer, quien los nombró uno por uno para darles los buenos días: que era el primer día de trabajo, que abrieran los ojos y los oídos porque la primer cinta daría inicio en ese instante, que para comenzar debían imaginarse la gran explosión que dio origen al universo, esa enorme cantidad de masa liberada en un tris; que luego trazaran mentalmente una línea recta que cruzara horizontalmente las cuatro paredes de su habitación, que luego la dividieran en dos mil partes, que se dieran cuenta de que tan sólo una de esas dos mil partes conformaba la historia del hombre sobre el planeta, que debíamos aprender rápido cómo habitar mejor el planeta Tierra, que pensarán en eso, que hasta ahí la primer cinta y se

dirigieran al desayunador. Ya sobre la mesa, la anciana Phyllis Arries fue la primera en dar cuenta de su aprendizaje y el doctor Khiffer respondió a cada una de sus interrogantes: que no había forma de que eso sucediera, que no debía preocuparse al respecto, que no pasaría nada de lo otro, que no importaba si solamente dibujaba a las aves y demás cosas sobre las líneas y las sombras del dibujo. El caso de Chase, Melinda y Spencer fue idéntico. Todos asintieron lo que se comentó sobre la mesa.

Al término del último bocado de Phyllis Arries comenzó el recorrido por las hortalizas. En un rectángulo extenso de tierra blandá se sembrarían semillas biológicamente tratadas con el objetivo de incrementar el tamaño, olor y sabor de ciertas verduras y legumbres. Si bien algunas especies habían sido hipertrofiadas en otros laboratorios con anterioridad y llegaban a medir diez veces más que su tamaño promedio, el olor y el sabor desaparecían en la misma proporción. Debido a que las ensaladas hechas con tan enormes ejemplares eran ya un platillo predilecto dentro del menú de los cientos de afamadas franquicias de La Vaca Feliz por todo el mundo, era deber del doctor Khiffer responder al Departamento Central sobre esta línea y brindar a la industria restaurantera incorporada a la Fruit United un segundo aire. Si todo marchaba sobre ruedas, a los catorce días a más tardar se observarían algunos cambios primarios. En el riego constante, el suministro de sustancias y el buen calendario de Melinda radicaría el éxito.

El clima estaba del lado del grupo ya que la luz natural se filtraba por todas partes creando un bien-

estar contagiable. Durante el paseo de reconocimiento, el doctor Khiffer se refirió con gusto a los insectos que revoloteaban o se escondían en alguna corteza, así como a cualquier animal que se cruzaba por su camino. Soltó una lista de nombres científicos, sus características primordiales y varios datos de su aspecto óseo. Se mostró orgulloso. A su parecer, aquellas bellas estampas naturales no eran otra cosa que un indicio de excelencia.

Como si se tratase de una enciclopedia erguida y abierta, recorrió de la "a" hasta la "z" los nombres de distintos animales: que el Ácaro Gris era un tipo de bicho que vivía en el polvo al que la mayoría de los hombres eran alérgicos y que debían estudiarlo para llamar la atención de una fábrica de insecticidas y funguicidas, que el Bacilo Espiroqueta era un microorganismo que moriría con las mismas fórmulas, que los huevos del Cara de Niño eran útiles para la pigmentación de los tulipanes de ornato, que al loro Decidor que se veía poco por sus hábitos había que criarlo por cientos ya que sus plumas eran valuadísimas en el extravagante mundo de la tapicería, que el Elefante obviamente no estaba ahí pero sí una cactácea para el acné que triplicaba su longevidad, que el hígado de conejo podía tratarse para pasar como paté de pato u oca y así sustituir al famoso *foie gras* tan apreciado en el otro continente, que gracias a un alga que venía investigando podría ahorrarle el elevadísimo costo de la trufa a los tacaños restauranteros, y así sucesivamente por largo tiempo hasta terminar con los *phylums*, proporciones de ciertos órganos, ritmos digestivos y demás.

De los tejones conocidos en el tiempo de construcción por ejemplo, se reunía a dos parejas en espera de

crías para analizar el crecimiento de la feliz camada. Según una importante firma de cosméticos y fragancias, cierta sustancia segregada por sus glándulas sebáceas fortalecía la cutícula humana más que ningún otro producto. También se observó que los primates colgaban de los árboles frutales libremente y que bastaría un poco de familiaridad para que terminaran por unirse al grupo. Fue la anciana Arries quien se percató antes que nadie que sobre una rama del laurel delgado, uno de los árboles más grandes bajo el domo, ya comenzaba a fincarse la propiedad de una familia de pájaros antiguamente silvestres. Aquellas ramas del laurel serían de vital importancia: que querían comprobar si su resina podía crear algún pegamento adherible al cuerpo, que principalmente estaban interesados en la postura de uñas, pestañas postizas y bisoñés.

Debajo del mismo laurel delgado, cubierto por la inmensa sombra de sus ramas, se encontraba el estanque en el que se zambullían, como si se tratara de juegos sincronizados en espiral, peces de la más variada forma. Sobresalía de entre ellos un japonés gigante de color rojo que al percibir el movimiento de una vara agitada por el doctor Khiffer comenzó a coletear rumbo a la superficie. *Paleta limón* era el nombre de ciencia para el pez más llamativo de todos. Su desventaja en velocidad se compensaba con el sabor ácido de la orina que segrega al emprender su fuga, por lo que no era una presa preferida. La serie de estudios en los peces había sido patrocinada por una empresa fabricante de acuarios para mejorar su oferta: que se debía evitar la mortandad con la creación de mejores anticuerpos, que era necesaria la incidencia genética para la

invención de un nuevo alimento vivo, que se trataba de crear un nuevo tipo de artemia más nutritiva y otras cosas más explicaría el científico.

El caso de las firmas privadas era normal. En conjunto se hablaba de una aportación de más del ochenta y cinco por ciento del capital total para Globe por lo que se experimentaba en muchos campos. Una de las inversiones más fuertes fue la inyectada por los corporativos del tabaco. El objetivo aunque difícil era probable. Lograr injertos que soportaran mejor los climas adversos y así elevar la producción al doble.

Cierta mañana, después de días de explicaciones extenuantes sobre la mesa de la cocina, lugar que se había adoptado naturalmente como área de trabajo, los miembros fueron sacados de la cama antes de tiempo. Como los trabajadores que finalizaban algunas imperfecciones de la soldadura exterior fueron un despertador mayúsculo, se oía sobre todos los sonidos el de un grupo de guacamayas que, perturbadas por la estridencia de las máquinas, llevaba varios minutos golpeándose contra la cúpula. El doctor Khiffer pasó por alto lo sucedido y se dirigió a la cocina para solicitar un té. Entre los bostezos de Amanda y Melinda, las primeras en salir de sus habitaciones por el escándalo alado, Spencer sugirió sacar el desayunador al claro que se abría frente a la terraza de la cabaña: que el día lo merecía, que sería agradable observar con un café a las ardillas de cola esponjada, dijo convencido. La sugerencia fue negada. El doctor Khiffer sustentó su decisión informando que era más que necesario seguir con el plan de habituar poco a poco a los animales a su presencia.

Antes de que sonriera al finalizar su comentario, apareció el señor Málaga saludando atentamente a los integrantes: que buenos días a todos, que llevaba en mano los platillos que había solicitado la noche anterior y que ya pronto estaría el té especial del doctor Khiffer y demás.

Y aunque el cocinero Málaga se encontraba seguro de su sazón en aquel desayuno, le hubiera gustado echar mano de los animales del granero. Tal imposibilidad se debía a que las gallinas, por ejemplo, que todos habían visto con un listón enroscado en el gañote que indicaba su fase experimental, se encontraban en un severo tratamiento nocivo para la salud humana: que se haría crecer el tamaño de su huevo, que se intensificaría el color de su plumaje, que así se garantizaría su selección en el chequeo para exportaciones.

Una vez que el científico diera fin a la larga lista de datos sobre el huevo y la gallina, apremiados también por la efusiva invitación a degustar del cocinero, los integrantes hundieron el tenedor sobre los alimentos dejando atrás la petición de desayuno exterior de Spencer y sus ansias por debatir la negación por parte del científico. Chase se atragantó un *omelette* revolcado en mantequilla y pimienta, Melinda recibió sus tostadas con café, Spencer un café con azúcar, Phyllis un plato de frutas en conserva y el doctor Khiffer como de costumbre un té de limón y un pan tostado con jalea. El señor Málaga observó minuciosamente a sus comensales quienes al terminar sus platillos se dirigieron a su área de trabajo sin arrojarle mayores datos.

Y es que para su estufa no habían resultado bien las cosas. Cierta tarde, Málaga y Spencer se encontraron para

intercambiar opiniones sobre el menú de las semanas siguientes. Sin perder el hilo, Málaga tomó nota de una receta que se sugería como platillo fuerte para la cena. A pesar de su sequedad característica, Spencer se regodeaba al definir un guisado de carne bañado en salsa de tomate. Al terminar su descripción, Spencer preguntó a Málaga su parecer. Málaga estuvo de acuerdo. Aunque le parecía un poco común, lo notaba lo suficientemente apetecible: que justo en eso estaba el truco, que Málaga debía comprenderlo, que el mérito de los buenos cocineros es hacer de algo simple una experiencia única, que se dejara llevar por él, dijo Spencer. Sin perder el tiempo al día siguiente se presentó el guisado y frente a la mirada cruzada del equipo se constató la realidad. De aquella cazuela fue extraída una pieza de carne con una dureza tan terca que ni la aguada salsa pudo equilibrar. Desde aquella mala pasada, Spencer y Málaga pasarían juntos gran parte del solaz en la terraza, haciendo y deshaciendo platillos para dar con algunos que se ajustaran al paladar de todo el equipo: que iban a dar con ellos, que lo lograrían, que entre lo salado, lo azucarado, lo agrio y lo amargo tendría forzosamente que existir un centro, pensaban frente a las páginas de los recetarios.

Al cabo de algunos éxitos intermedios, la suerte le puso una oportunidad en forma de desayuno. Sin escatimar en galanuras el cocinero se roció abundantemente de esencia concentrada de lavanda y se apuró a servir. Chase calificó su *omelette* con un sube y baja del dedo índice, y Phyllis le agradeció acercándose hacia él y dándole una caricia en la cabeza. Todo le pareció suceder favorablemente esa mañana y el cierre habría sido igual de benéfico si el doctor

Khiffer no se hubiera puesto de pie con el pretexto de un dolor de cabeza, para posteriormente recomendar a los integrantes que comenzaran sus labores específicas: que manos a la obra, que luego comentarían sus huevos al gusto con el cocinero y demás. Mientras Málaga caminó pensativo a la cocina, Spencer se dirigió a su recámara para aparecer al poco tiempo vestido con el overol de trabajo: que lucía muy servicial con aquella gorra de su antiguo empleo, que le daría ternura a su madre verlo trabajando en la cúpula, que por qué no platicaba mucho de su familia y algo más sobre el tema, le comentó la anciana Phyllis quien devoraba todavía un trozo de mantequilla. Spencer había incluido en su cinturón de herramientas un botellín de agua y una pequeña grabadora con audífonos. Según el calendario de actividades escrito en el pizarrón, tarea realizada esmeradamente por la anciana Phyllis, debía fabricar las estructuras para las hortalizas verticales.

Los trabajadores del exterior, cada vez más cerca de terminar sus labores, le entregaron algunas herramientas y el material necesario por medio del cajón para entregas. Malabareando un martillo, Spencer arribó a su zona de trabajo y comenzó su jornada con cierto placer. Con un gran serrucho cortó a la medida la madera y clavó las estructuras según el ejemplo del pizarrón. A con B, luego clavar la malla, C con D según las instrucciones y todo listo, para después colorear la estructura con pintura vegetal de acuerdo con cada especie. Separó los compartimentos para berros, perejil, espinacas, soya, un tipo distinto de germen de trigo y demás. Por lo tedioso de la tarea, prefirió acompañarse por un tipo de música de ritmo pegajoso

que, aunque no gozaba de una oficialidad exacta, pasaba como tipo musical permitido. Más por las órdenes de la pizarra que por gusto, arribó Melinda con las semillas de cada uno de los vegetales para su siembra, una tarea complicada por su parecido asombroso. Por su parte, Chase ayudó al doctor Khiffer elaborando un inventario general. Para ello pasó la tarde escuchándolo hablar de la importancia personal de tan magno intento científico, de los antecedentes de una y otra fase, de los recuerdos de su examen profesional hacía más de treinta años: que se recordaba nervioso frente a su madre y abuelos, que estaba presionado a obtener el mayor número de aciertos, que al hacerlo obtendría también el diploma de la excelencia. El trabajo que ambos realizaban al interior del laboratorio era extenuante y acaso se demoraba por algunas interrupciones de la anciana Phyllis Arries: que si importaba que pintara ballenas y olas nada más; que por favor le hablara de tú; que lo consideraba como un miembro de su familia diría al doctor Khiffer en algunas ocasiones.

Al término de la jornada los miembros fueron invitados a lo que el doctor Khiffer denominó una terapia de conocimiento mutuo. El juego elegido fue el de Monopolio y después de cuatro rondas, en las que se apostaron indebidamente algunos quehaceres por debajo del agua, el joven Chase se levantó como vencedor indiscutible. Sin temor a las críticas Chase levantó el puño y lo mantuvo así por unos segundos, para luego imitar las coreografías y gesticulaciones de los luchadores más famosos. Los integrantes se fijaron la vista entre sí en un silencio absoluto y en ese momento el doctor Khiffer abandonó el juego. Pasó

sus manos por el rostro mientras daba un gran bostezo y se dirigió a su habitación no sin antes desearles una buena noche. Cuando el doctor Khiffer hubo salido de la estancia, Chase soltó el reto de una revancha al día siguiente en el juego que el atrevido quisiera. Como nadie parecía haber tomado el reto en serio, Amanda se dispuso a recoger los vasos de la mesa: que no lo hiciera por favor, que querían más tiempo para conversar, que no se preocupara por ellos y que se encargarían de llevar sus tazas de café a la cocina, dijeron Melinda y Chase a la señora del aseo. Mientras tanto Spencer, que no había mostrado gran interés en el juego y mucho menos en la actitud del apasionado joven, descansaba ahora junto con Carlos Málaga en la terraza. Mientras, escuchaban música y conversaban en voz baja: que los ojos falsos de Melinda decían mucho, que los hoyuelos en los cachetes de Chase eran también boquetes en su cerebro, que quién no estaría harto del caminado militar del doctor Khiffer Von Amargaduras y otras burlas del mismo nivel de acidez que se prolongaron hasta tarde.

Luego de ver la tenacidad de Málaga para aparecer antes que nadie y preparar sus cosas, Amanda adelantó su despertador unos minutos para ser la primera en levantarse por la mañana. Silbando una melodía de cuna pulió el piso y ordenó la mesa para sentarse a tomar café. Como recordaría los momentos alegres de la noche anterior, le sería imposible dejar de sentir una cierta nostalgia por sus pasadas amistades: las amigas con las que jugó a las muñecas en el parque; el joven de la colonia que la habría pretendido aún más si no hubiera sido por su enfermedad

incurable y el apuesto tintorero de la esquina rondarían por su cabeza. Más pronto de lo que hubiera pensado apareció Spencer quien la saludó afectuosamente. Para aprovechar esa calma imprevista decidieron compartir el café y esperar la llegada del grupo charlando. En su conversación salió a la luz una coincidencia. Amanda y Spencer habían trabajado alguna vez en el mismo edificio aunque para diferentes compañías. Él para la de luz vecinal y ella en una maquiladora de ropa de tallas extra y maternidad. Recordaron con tristeza una famosa cafetería que desde antes que amaneciera comenzaba a despachar sus famosas tortas de nata y su café expreso, atractivos por los que acudían numerosos burócratas vecindados en la esquina de la misma acera. Aquel famoso sitio era ocupado ahora por una agencia de ventas de telemercado y una barra rápida de menús económicos. Pronto Amanda fue acojiéndose en la plática y confesó a Spencer gran parte de sus problemas personales: que se arrepentía por no haberse soltado el pelo de más chica, que la imagen de su madre se le aparecía por todas partes, que su tía se le pegaba como los pececillos que viven debajo del tiburón, que todos sabían que en realidad ella era el pez y su tía el tiburón, que además su pago iba a dar casi por entero al hogar de aquella tía y de otras dos que no conocía aún, y que lo mejor sería servir más de ese café que, no la dejaría mentir, sabía mejor hecho por ella que por el chiquito de Málaga. Sin que Spencer sintiera alguna incomodidad por el calificativo brindado al cocinero, la plática continuó hasta dar tiempo a que el aludido apareciera. Después de dar los buenos días y preguntar por la hora cogió apresuradamente

la toalla y se dirigió al baño de la estancia. El vapor del agua caliente llegó pronto a la cocina. Entre aquellas nubes y el efecto de su café, Spencer se percató que el clima exterior era agradable y que un par de pájaros trinaba sobre la rama de un árbol. Mientras Amanda pasaba el plumero sobre los muebles de la estancia interior, Spencer dispuso de esos momentos de sosiego recargado en el barandal de la terraza. Le hubiera gustado que enfrente de sus ojos aparecieran una piscina y una hielera repleta de bebidas para relajarse en las horas de calor. Al poco rato el señor Málaga relucía con su delantal perfumado. Prendió los aparatos del cuarto de lavado y después el sonido ambiente para escuchar las sesiones de información: que pronto sonaría la clave que anunciaba el inicio de las clases matutinas, que qué bonita era su vida, que era muy feliz con todos ellos y demás. En aquella mañana la voz de las cintas era del mismo doctor Khiffer y señalaba algunos datos sobre los cerdos en cautiverio. Los siete pequeños cerdos que se encontraban en el chiquero de Globe, de los cuales no se había dado noticia alguna, representaban una de las líneas de investigación más ambiciosas. Desde sus primeros días de vida fueron los depositarios de una nueva fórmula de alimentación dotada de hierbas medicinales y levaduras con proteína, que poco a poco los dotaría de un magnífico tono muscular para lograr un extra considerable de carne. El reto siguiente era complicado. Según los reportes fidedignos de una importante cadena internacional de restaurantes, un gran número de empresarios se encontraba cerca de la quiebra por la cada vez más creciente demanda de clientes afectados por las en-

fermedades porcinas. Los síntomas se desarrollaban a las pocas horas de la ingesta del comensal mediante fuertes jaquecas y pérdida progresiva del sentido de la vista y el equilibrio. Si bien resultaba imposible aniquilar del todo la aparición de las bacterias más conocidas, también era cierto que podían investigarse diversas formas de neutralización. De esta forma, la aparición masiva de amibas o gusanos en el cuerpo humano sería desprovista de su carácter letal, y gradualmente sería tomada con toda naturalidad. Como el gusano más dañino resultaba prácticamente invencible por su tamaño y rápidas mutaciones, el éxito se centraría claramente en las capacidades del doctor Khiffer para laborar microscópicamente. Una vez localizado y fijado el enemigo, sólo restaría moderar su peligrosidad. Como ya lo había explicado, insistía, al quedar reducido el enemigo a la calidad de gusano inofensivo, la cadena patrocinadora repondría la inversión mediante la venta de medicamentos para el exterminio total de los repudiados huéspedes.

Después de atender a la clase Melinda y Chase salieron de sus habitaciones. Saludaron al grupo y pidieron de comer. En ese momento se oyó al doctor Khiffer disculparse nuevamente por su ausencia. Explicaba que desde la madrugada se encontraba realizando algunos cálculos de plasma porcino en su laboratorio por lo que no podría participar del desayuno: que Phyllis tenía instrucciones, que apretaran el paso y que manos a la obra con ahínco dijo al grupo atentamente. Además del enlistado de tareas, la pizarra de la anciana subrayaba un nuevo horario de inicio de actividades en el que, gracias a los molestos

platicadores nocturnos, se comenzarían los trabajos una hora más temprano y habría una hora tope para las citas nocturnas en la sala de estar. Los integrantes no hicieron comentarios y Spencer apuró el café y se dirigió a cavar una fosa más grande para los desechos. Debía trasladarlos de las pequeñas zanjas donde se habían estado enterrando y depositarlos en un cilindro de mayor profundidad, debido a que el cálculo sobre la producción de basura se había quedado corto. Intentando frenar el asqueo utilizó un trapo enjabonado como tapabocas pero a los pocos minutos regresó apresurado para solicitar a Amanda un medicamento contra las náuseas. Tomó un vaso con agua, empujó las píldoras y esperó un momento en el sillón de la terraza. Contrario a lo que Amanda suponía, era el olor picante de algunas sustancias del laboratorio lo que penetraba más por la nariz de Spencer. Según el más reservado del equipo, que ahora se quejaba por la terrible tarea que se le había encomendado, eran un par de jeringas cuyo interior mostraba un líquido espeso las que, junto con algunos frascos, vendas y gasas, emanaban aquel olor fétido bastante desagradable. Mientras tanto, Phyllis Arries le conversaba a Melinda sobre sus retos y deseos: que quería reunirse con sus hermanas y hermanos, que no cambiaría por nada comer un buen pudín de manzana hecho por su hermana, que extrañaba vestir, desvestir y peinar algunas muñecas de trapo con la ayuda de sus sobrinas y otras añoranzas por el estilo. Melinda escuchaba con atención y se encargaba de aceitar la silla de ruedas. La humedad del lugar la había oxidado y por leve que fuera cualquiera los movimientos de Arries se oía un chirrido desesperante.

La anciana aguardaba mientras su cabeza era atacada repetidas veces por el sueño, hasta que en uno de sus violentos cabeceos su arrugada frente fue a dar contra la mesa de la sala de estar. Por lo vergonzoso del asunto, Phyllis se acercó a Melinda y le pidió al oído se contuviera de realizar algún comentario sobre lo sucedido. Cuando apenas Spencer se hubo incorporado para salir un poco a la terraza y respirar limpio, se oyó de nuevo la voz del doctor Khiffer en el sonido local: Spencer, cubre la malla del gallinero con la tela que esta en el cajón de entregas, que debido al uso continuo de las bombillas para su empolle las queridas amigas habían mostrado un cáncer de piel que las despojaba de sus plumas, que entonces también había que cambiar las bombillas por algunas de menor intensidad, que aquellas bombillas se encontraban en el laboratorio y que pasara por ellas, que recordara la importancia de aquellas investigaciones y demás tareas al respecto. Haciendo gestos y dando puntapiés en el aire, Spencer salió de la sala de estar llevándose un algodón con alcohol a la nariz.

Luego de varias horas de trabajo, los integrantes escucharon por fin la trompetilla del señor Málaga para la hora de la comida. Era de todos sabido, ya que él mismo lo había confesado, que el reciente gusto por tal instrumento le venía de una famosa película de guerra en la que una chicharra parecida anunciaba al pelotón las buenas noticias. En la mesa estaban ya los platillos y todos los integrantes salvo Spencer tomaron asiento: que descansaría un rato bajo la ducha, que estaba extenuado, que lo esperaran un momento. Mientras que el cocinero Málaga estuvo de acuerdo: que así tendría tiempo para hacer un

agua de frutas, que así el platillo principal quedaría mejor. Chase solicitó al doctor Khiffer comenzaran de una vez: que con seguridad el señor Spencer se demoraría mucho, que se quedaría dormido sobre la cama, que mejor descansara lo necesario y que comiera después. Melinda y la anciana estuvieron de acuerdo y el señor Khiffer consintió al dar su primer cucharada a la sopa de betabel del señor Málaga.

Spencer no abrió la boca y se dirigió a su recámara, que por cierto era la más limpia de todas según diría Amanda al señor Málaga. Sobre el espejo de su recámara había colocado la fotografía de una mujer con edad para poder ser su madre y otra de la que sin dudas era su hija. Sobre esta última colgaba una bolsita de plástico con un mechón de pelo, una moneda de plata y un viejo boleto de tren en su interior: que podría tratarse de una vida difícil diría Amanda, que eso se dejaba sentir por el cuello bordado un poco sucio del vestido de su hija, que no le había querido preguntar nada de su esposa pero estaba segura que no había tal, y que por si no lo sabía Spencer y ella habían sido compañeros de trabajo hacía algún tiempo.

Y la verdad es que las cosas no habían sido fáciles para la familia de Spencer. Hablando de trabajo por ejemplo, Spencer estaba marcado por una suerte extraña que lo había *removido*, ésa era la palabra que había preferido utilizar en su cuestionario de entrada, nada menos que cuatro veces de su puesto en los últimos años. Los motivos nunca habían quedado claros. El día de uno de sus despidos le avisaron que debía dirigirse inmediatamente a la oficina del jefe. Una vez que fue llevado frente al escrito-

rio no fue el jefe sino un compañero de área quien le informó que había sido víctima de un caballo negro: que él sabía de las jugarretas de los de arriba, que no tenía porque haber cobrado eso aunque el gerente se lo hubiera pedido, que su situación estaba muy mal, demasiado mal y que le fuera bien. Fue gracias a una amistad de su antigua esposa que logró evitar la prisión y que lo liquidaran con una quinta parte de lo obligatorio. Poco después vendría la selección de personal para ocupar un puesto como anunciante de productos a las afueras de una tienda fotográfica. Como después de varias pruebas Spencer demostraría su eficacia por arriba de los demás contendientes, el dueño le haría entrega del altavoz para anunciar los descuentos en cámaras, rollos y revelados. Fue una pena que al poco tiempo se viera forzado a renunciar, ya que por el lanzamiento de una nueva película, su jefe inmediato le pediría disfrazarse de rollo fotográfico: que eso no le agradaba del todo, que por qué no le habían dicho nada al firmar el contrato, que cómo adentro de un disfraz debajo del sol y demás. Spencer no trabajaría en el lugar más de cinco días después del incidente y no fue sino hasta que su madre le consiguiera un trabajo como mensajero cuando su familia tuvo un merecido respiro.

Cuando Spencer acabó de ducharse con agua fresca regresó al comedor. Como casi todos estaban por finalizar sus platillos decidió esperarse hasta la hora de la cena. Entonces el cocinero lo interrumpió: que no se preocupara porque le había guardado un poco de sopa y guisado, que una vez terminaran los compañeros le serviría a él solo, que esperara unos cuantos minutos. Spencer agrade-

ció en silencio la gentileza del cocinero. Y es que desde hacía algún tiempo las comidas grupales eran más que incómodas. Por un lado, la anciana Arries y la señora Amanda no podían dejar de invitar a la mesa a las charlas menos propicias. No faltaba la comida en la que no platicaran sobre accidentes automovilísticos, sobre el desarrollo de la enfermedad en algún amigo desahuciado en el hospital, sobre fotos de artistas famosos en la plancha de los anfiteatros, o bien sobre las infidelidades, vicios y desviaciones de familiares cercanos. Todo era dado a conocer en los veinte minutos de sobremesa. Por otro lado, el doctor Khiffer no tenía impedimento alguno de continuar hablando sobre los avances o retrasos en el experimento, todo esto nutrido de palabras como alergias, cadenas biológicas, estratos, esquemas y otras tantas más del mismo tipo. También se escuchaban cada vez más los cuchicheos criticando el proyecto y algunas bromas en contra de uno u otro miembro del equipo, sin que ello significara el deterioro completo de las relaciones.

Una de las fechas detestadas por los integrantes se dio cuando, sin ningún motivo aparente, la anciana Phyllis preguntó a Spencer el por qué del tufo proveniente de la zona de basura. A dicha pregunta artera Spencer no atinó a responder con serenidad y levantó la voz sin ningún miramiento: que no era su labor encargarse de que la putrefacción no oliera, que muchos olores provenían de bolsas de plástico del laboratorio del doctor Khiffer, que también mucho se debía a los restos de la cocina que el señor Málaga no envolvía correctamente, que por qué no le preguntaba al patrón del lugar y demás ironías. Apenada, la

anciana bajó los cubiertos y respondió con la cabeza agachada: que no fuera a pensar lo hacía para molestarlo, que no tenía nada que ver con el color de su piel, que era una simple pregunta y demás. En aquella ocasión, Spencer había abandonado el comedor para dirigirse a su recámara y azotar la puerta. Al escuchar el golpe, la anciana había soltado el llanto inconsolable. A la mañana siguiente el doctor Khiffer aclararía lo sucedido en una de las transmisiones habituales: que la tarde anterior había preferido no tomar partido sino retirarse, que cada quien debía de arreglar su situación personalmente, que todos eran un equipo y que no debían existir más problemas, que Spencer diera la mano a Arries y todo solucionado para dedicarse a trabajar.

Otro de los incidentes que alteraría los ánimos del equipo tendría lugar en la mesa a la hora del café, cuando Chase diera inicio a un ambicioso monólogo deportivo: que a pesar de las revistas y canales deportivos de amplia cobertura no se creía eso del brazo roto de tal jugador, que sería bueno analizar más profundamente su declive en porcentajes, que tal o cual novato eran mucho mejores y que hasta le ganarían el trofeo *First Young* el próximo año. Spencer manifestaría su desacuerdo tajantemente una y otra vez pero aún así el joven no quitaría el dedo del renglón: que mencionara a una, Chase ilustraría con el dedo índice, tan sólo a una persona que no supiera la clase de pelmazo que era su defendido; que le presentara a un solo tonto que se atreviera a apostar por él. En ese momento Spencer comenzó un tenso juego de opiniones: que el jugador vencía desde hace tiempo un problema de farmacodependencia y alcohol, que era mentira que sus núme-

ros reales fueran tan bajos, que justo era aquel veterano del que se mofaba el que había ayudado al equipo con sus relevos magistrales terminaría Spencer agotado. Lejos estaba la charla por terminar ya que Chase, con la misma inercia de un avión en picada, la dirigiría a zonas de mayor peligro: que el deporte era una farsa, que lo importante no era ganar ni competir sino simple y llanamente ganar dinero, que ya no había espíritu en ningún jugador y algo más sobre las toneladas de esteroides, sobornos y violaciones a los reglamentos hasta muy entrada la tarde.

Desde su inicio la prensa y la televisión seguían de cerca el experimento y cada cinco días se recibían por el cajón especial los diversos informes del Departamento Central. Se trataba de hojas con distintos recortes de periódicos ilustradas con imágenes de archivo el día de la inauguración. Por tal motivo, se observaban repetidamente una fotografía de la señora Amanda revisando unos papeles, una de Melinda conversando con algún patrocinador, un acercamiento al rostro del doctor Khiffer en su discurso de bienvenida, un chango sorbiendo una nieve de nuez sobre la mesa. Trascendería al cabo de unos meses, sobre todo en el ambiente de los editores y reporteros de suplementos científicos, que si no existían nuevas fotografías sobre el experimento se debía a que las imágenes restantes habían sido adquiridas por un laboratorio médico para realizar una atractiva agenda que presentara su nueva línea de antibióticos a los miles de consultorios y farmacias de ahorro. Al Enero de la foto grupal el día de la inauguración seguía Febrero mostrando un contenedor de serpientes, Marzo mostraba a la guacamaya sobre una rama

del laurel delgado, Abril era ilustrado por un recolorado acuarelo en cuyo fondo descansaban frascos de un poderoso analgésico, Mayo nos dejaba ver a un par de cerdos a la hora de la comida enmarcados por consejos para lidiar con sus enfermedades, Junio era el mes de las ardillas, Julio el de las gallinas musculosas de escaso plumaje en el instante de la inyección de medicamento, Agosto como el escenario ideal para una escena floral. Luego aparecía Septiembre con su recomendación de un botiquín de primeros auxilios necesario en la casa de cualquier familia de buena educación, octubre y noviembre con un catálogo de medicamentos especiales para reducir el nivel de colesterol, glucosa y triglicéridos en la sangre, y para terminar se presentaba un peculiar fotomontaje en el que uno de los changos de Globe aparecía en una tundra de poliuretano vestido para las fiestas decembrinas.

Además de estos pequeños convenios, la cobertura informativa de Globe tenía su mejor carta en una cápsula titulada *Globesphere*. Producida por el mismo laboratorio internacional de medicamentos, hasta hace poco tiempo sólo era presentada en televisión por cable. Desde que los índices de interesados por el experimento aumentaron, fue insertada en uno de los programas de mayor audiencia como segmento especial. Sin duda alguna esto era contar con un lugar privilegiado. La única propuesta que presentó a la televisora el Área de Análisis de Público del Departamento Central fue la del cambio de locutora: que su constante tartamudeo y su evidente desviación de la vista provocaban una mala asociación por parte de los televidentes, que su sustitu-

ción fuera inmediata, que no era nada personal tendrían que escribirle a la periodista.

Acompañando a tan amplia cobertura, existían fuertes campañas de atracción ideadas por el Departamento de Mercadotecnia del Departamento Central. En el terreno de los culinarios infantiles por ejemplo, cualquier pastelillo de crema de la marca Harinas Nacionales que contuviera escondido algún animalito de plástico, mismos que por error de la fábrica en ocasiones era sustituido por pequeñas naves espaciales, significaría un premio para sus consumidores con el camión repartidor. Se podían ganar zapatos convertibles en patines, rompecabezas, gorras, playeras, estuches de colores o pelotas, todos ellos productos oficiales certificados. Y es que el alcance del proyecto fue una sorpresa a decir de un programa de radio. En él se daría a conocer la noticia de que a pocos kilómetros del experimento, un grupo de enfermos mentales realizaba pequeñas cúpulas con cáscara de naranja seca, para luego rellenarlas de cera y ponerlas en venta como velas en su comunidad. Según se leyó en una carta atribuida al líder de los internos, una buena parte de las ganancias serían donadas a la Fundación de Amigos de Globe, como una señal inequívoca que debía ser atendida por el gobierno local: que lo hacían desinteresadamente, que su actitud era una prueba irrefutable de sus capacidades de reintegración a la realidad, que no era una treta para salir más pronto del Hospital Psiquiátrico. Conmovida por la noticia, un caso sonado en los medios de comunicación, una radioescucha llamaría a la emisora para publicar personalmente su altruismo: que había creado una agrupación uni-

versitaria que sería pronto reconocida por la Fundación de Amigos de Globe, que recolectaría pequeños fondos para apoyar al proyecto, que unirían firmas para que se siguieran realizando experimentos para mejorar la vida de los niños y jóvenes de todo el mundo.

En suma, todas estas fanfarrias no eran para menos y sólo permitían imaginar a Globe como un proyecto del tamaño y la fuerza de un tornado, cuyas fuerzas no tardarían en sentirse, incluso, en el glamoroso mundo de la farándula. Para comenzar, un afamado diseñador anunciaba para un futuro inmediato su nueva colección. Se trataba de una treintena de piezas para verano influenciada por el experimento de la cúpula, y era considerada por el mismo creador como su mejor obra maestra: que estaba realmente emocionado por la inminente fecha del desfile, que le había interesado reflexionar sobre la relación entre el hombre y la naturaleza, que las blusas y faldas eran de colores tierra en distinto tono, todas ellas muy actuales por su escote y transparencia, que para el gusto varonil se tenían preparadas una amplia gama de frescas camisas de lino estampadas con la figura de ciertas especies, que su línea de accesorios como cinturones, llaveros, maletas o gafas oscuras mostraban el logotipo oficial de Globe, que le fascinaba esa bandera blanca con una cúpula en el centro y en su interior aquel par de aves sobre la profusa vegetación.

Semanas después, trascendió rápidamente la mejor noticia que el Departamento de Prensa del Departamento Central hubiera tenido en toda su historia. Sin titubear, la International Movies & Enterteinment había dado a

conocer el avance en sus negociaciones para la realización de un filme de ficción sobre Globe. Aunque en la rueda de prensa los voceros del Central se reservaron la publicación del elenco de la cinta, algunos rumores de los reporteros de sociales se extendían. Se rumoró que debido a la facilidad histriónica reconocida en su filmografía reciente, la lista de actores era encabezada por el actor Bob Allen para la interpretación del papel del doctor Khiffer. Sin saber el nombre de la actriz para el papel de Amanda la señora del aseo, se corría la voz sobre la célebre Judy Hamilton para el papel de Melinda, el joven actor Chris Slater para personificar al chico Chase, la veterana actriz Bety Midler quien representaría a la anciana Arries, y por último Juan Morales, un actor desconocido del teatro de habla hispana quien se encargaría de la interpretación del señor Málaga. Se sabía que la petición de realizar la película en el mismo país en el que se encontraba realizándose el experimento ya había sido autorizada, y que probablemente se construiría un set cinematográfico a manera de la cúpula original. Para lograr dicho objetivo se buscaría conformar una producción trinacional con la Vivant Cinematographie, la Cooperativa para el Fomento de la Calidad Cinematográfica Nacional y la compañía independiente Resina Films.

Al interior de Globe se tuvo también noticia de esta oleada ya que el buzón se rellenaba todos los lunes con mensajes de felicitación provenientes de los puntos más alejados. Uno de aquellos paquetes trajo el antídoto para la depresión emocional de Phyllis. Después de prolongadas semanas de no haber hecho contacto con sus familia-

res, le enviaban saludos junto con decenas de playeras que debía hacer firmar por el grupo: que era por falta de tiempo que no habían escrito, que debía de comprenderlos; que también les daba cierta pena dirigirse a ella tan famosa después de su éxito; que también sería bueno que tomará algunas fotografías para que sus amigos las firmaran, que una vez autografiadas por cada uno de los miembros, debería regresarlas a cada uno de los domicilios que su hermano le indicaba claramente en una lista. De las fotografías enviadas a sus familiares, la única que contenía su imagen fue tomada por el joven Chase: que si no la llevaba al claro frente al estanque; que quería pedirle un gran favor, que si se notaba que se había pintado los ojos y los labios, que le tomara una fotografía lo mejor posible. Dicha fotografía, lo supo por la carta de una buena vecina, se publicaría como portada en el periódico de su provincia pero desafortunadamente, su figura no se distinguía muy bien entre los árboles.

Todos los integrantes recibieron alguno que otro mensaje. En otra de tantas cartas recolectadas por el cajón especial por citar otro caso, un par de adolescentes retaban a Chase a responder una trivía con preguntas sobre videojuegos y ciencia ficción. El reto causó efectos de ánimo en el joven por lo que se atrevió a plantear la posibilidad de mantener abierta la comunicación con aquellos por tiempo indefinido. La petición fue recibida por el doctor Khiffer quien mantuvo la esperanza de que así fuera: que por supuesto que cómo no, que no habría que dejar de ilusionarse y que tenía que esperarlo un poco, sólo un poco para que tomara una decisión acertada.

Entre tantas noticias, rumores y reportajes surgieron invitaciones más atractivas. Melinda, por ejemplo, fue invitada a ser la voz de un comercial sobre champú con extractos naturales y a escribir en la publicación feminista de mayor importancia en el medio empresarial. Tendría el honor de ser huésped, con cien palabras cada mes, de la misma publicación en la que colaboraban varias damas de exmandatarios y algunas mujeres de la política, lujo que difícilmente se deja pasar de largo. Escribiría breves relatos de tono optimista sobre lo que aconteciera en Globe con respecto al ánimo de sus integrantes, sobre las particularidades del trabajo diario: que sin falta los integrantes de Globe recibirían algunos ejemplares para su regocijo y quizá ella algunas regalías dependiendo de las ventas, que intentara hurgar en las historias ocultas y demás, le escribiría la editora de la publicación. Cuando Melinda hubo conversado con Chase sobre sus sentimientos por la invitación, tan sólo el empleo de palabras como fama, venganza, dinero, vestidos, autos, casa de playa y más en la boca de su amiga hicieron al joven adivinar su futuro. Comenzó a imaginarse junto con ella en el asiento de una camioneta plateada de doble tracción, disfrutando de un refresco frío tomado de su pequeño servibar, oyendo al intérprete del momento, todo esto avanzando por las bellas avenidas de “un soñado puerto”.

Pero fue una lástima que las ensoñaciones de Chase y de Melinda se hubieran visto amenazadas a los pocos días, cuando una noche como cualquiera se vio interrumpida por el ring del Teléfono Especial. Se le hizo saber al Doctor Khiffer que la televisión mostraba a un grupo de faná-

ticos reunidos a las afueras de Globe, mismos que habían sido identificados como los líderes del movimiento crítico más punzante en la región. Luego de algunos ataques frontales al poder local sentían que sus vidas corrían peligro. Por ello agitaban una manta con el nombre de su agrupación en rojo y otra con una sentencia que decía, palabras más, palabras menos, que adentro de la cúpula de Globe había *mucho más vida*. Por medio de una fogata que sobrepasaba su estatura llamaron la atención del helicóptero oficial del Departamento Central. Una vez iluminados por el faro principal de la aeronave, solicitaron a gritos que atendieran sus peticiones: que se sentían en peligro, que pedían asilo político al suelo de Globe, que por favor abrieran la compuerta, gritaban a la tripulación en los aires. Uno de los manifestantes se mostraba más violento que los demás por sus rabietas y ademanes. Con el rostro siempre cubierto por una bufanda, detonó algunos tiros al aire y amenazó con incendiar parte de los sembradíos de los alrededores. Fue un vocal del Departamento Central el encargado de reseñar al doctor Khiffer lo más exactamente posible todo lo que ocurría en el exterior: que los provocadores se envalentonaban al ser iluminados con el faro del helicóptero; que gritaban severas consignas en contra de ciertos funcionarios públicos, que seguramente se encontraban bajo los efectos del alcohol o alguna droga. Para las once de la noche, el individuo que parecía tener el mando portaba ahora dos bombas de fabricación casera. Mientras esto sucedía, el doctor Khiffer no pudo ocultar los acontecimientos a los miembros. Cada vez que el helicóptero se acercaba al grupo de manifestantes se oían sus as-

pas fuertemente y se iluminaba la vegetación del interior por su potente faro. El nerviosismo llegó a tal grado que la anciana Phyllis permaneció encerrada en el baño susurrando varios rezos y plegarias. Por lo que se pudo oír, imploraban por la rápida finalización del levantamiento: que suplicaba al cielo no pasara nada, que por favor se acabara con el levantamiento y otras cosas que se relacionaban con la bondad y la esperanza. Las cosas no serían tan fáciles. Mientras que la anciana pedía a Spencer la pusiera en el suelo para orar, dos de los manifestantes arrojaron el par de bombas a la estructura de la cúpula. El fuego se esparció por una extensión de varios metros. Al ver las llamas levantarse sobre la estructura la señora Amanda rompió en llanto. Según el teléfono especial, los manifestantes alardeaban llevar a cabo más explosiones hasta no ver abierta la compuerta principal. En ese momento, otro helicóptero apareció por las inmediaciones de la cúpula. Por lo que se veía a lo lejos, se trataba de una agencia de noticias local que reportaba los sucesos. Al enterarse del nuevo invitado aéreo, el doctor Khiffer se separó de la terraza un momento y pidió a los integrantes mantener la calma. Una vez apartado solicitó a la tripulación del helicóptero se comunicara con el Central para obedecer instrucciones. De regreso a la estancia exterior, el doctor Khiffer solicitaría a los miembros apartarse del lugar: que fueran a la estancia interior, que no había de qué preocuparse. Alrededor de una hora después, los deseos de Phyllis se hicieron realidad cuando la voz del Teléfono Especial le indicaba al doctor Khiffer que el levantamiento había sido dispersado fulminantemente según lo obligaba el

Manual de Procedimientos del Departamento Central. No quedaba rastro alguno del atentado. Los encargados del Departamento Central, comentaría el doctor Khiffer a los integrantes, le comunicaban de un minúsculo brote de indigentes locales en estado inconveniente, que pretendía a toda costa utilizar a Globe como trampolín promocional: que no había daños en la cúpula; que las máquinas que finalizaban de soldar los últimos detalles resultaron con pequeñas averías, que era mejor conciliar el sueño pronto para despertar temprano por la mañana.

Después de la amarga noche de los atentados los días sucedieron sin ningún contratiempo y en una mañana de tantas, dos conejos ya familiarizados con los miembros aparecieron de pronto en la terraza. Con toda naturalidad, dejaron claro enfrente de todos que el nacimiento en cautiverio, por lo menos en esa especie, sería tan solo una cuestión de tiempo. Por tratarse de animales dóciles y fácilmente domesticables, usualmente los conejos salían de su área al fondo derecho de la cúpula. En aquel lugar comían libremente de la hierba excedente, de algunas plantas verdes cultivadas ahí por tratarse de su alimento más apreciado. Dichas *criptógamas*, es decir plantas sin fruto, aclararía el doctor Khiffer en sus transmisiones matutinas, tenían la particularidad de haber sido tratadas con una enzima especial. A través de ellas, el deseo del científico era el de medir, una vez engullidas, las virtudes musculares de los roedores: que no era una forma de romper las reglas de la medicina del deporte como habían escrito algunas revistas, que se intentaba lograr un complemento alimenticio natural para aumentar las capacidades de los

velocistas. Era normal que los conejos hicieran caso omiso de lo que en Globe sucedía. Comían, se correteaban y dormían sin problemas; se acercaban, olfateaban y se retiraban para iniciar el ciclo de nuevo, cosa que el doctor Khiffer agradecía en voz alta. También los chimpancés merodeaban por todo el espacio con libertad, e incluso se encaramaban por el cuello y las piernas de los integrantes para hacer ruido con sus manos y gruesos labios. Aunque visitaban frecuentemente la terraza, nunca permanecían en ella demasiado tiempo ya que, al sentirse atraídos por algún árbol frutal, no regresaban hasta acabar con él. El más astuto de ellos era un amigo de color café. En una ocasión entró a la estancia mientras el grupo observaba algunos videos. El chimpancé permaneció quieto hasta que terminó la cinta y entonces, imitando al joven Chase en su algarabía aplaudió sin cesar. En otra ocasión ya caída la noche, los abordó a la hora de la cena para colocar sobre la mesa una serie de aparatos electrónicos que habían sido instalados por Spencer en los árboles frutales. Entre las risas calladas de Melinda y Amanda, evidentemente molesto, Spencer se dirigió por herramienta y subió a los árboles para situarlos de nuevo por órdenes del doctor Khiffer. También los animales se vieron involucrados en un doloroso caso donde se tuvo que seguir el manual de procedimientos al pie de la letra. De acuerdo al inciso 83, punto C del reglamento de Globe, el crecimiento desmedido en cualquier población debería disminuirse de la forma más natural posible. Fue por esto que a pesar de que Phyllis intentó someterlo a votación, una medida improcedente si uno es sensato dijeron Spencer y Málaga, de-

bieron ofrendar los conejos más grandes al conjunto de serpientes. Mientras el doctor Khiffer llevaba los cuerpos dormidos a los contenedores del serpentario, la división de opiniones sobre el deceso disparó a los integrantes en distintas direcciones. Phyllis y Amanda fueron a tomar la siesta a sus recámaras, Chase y Melinda prefirieron caminar de la mano hacia el estanque, y Spencer aceptó la invitación de Málaga para jugar cartas en su habitación, donde más sobaron las críticas y las preguntas que el buen juego.

La primera de las preguntas fue solicitada por Spencer a Málaga cuando el cocinero vació el contenido de un falso puré de tomate sobre un par de hielos: que tenía que reconocerlo, que no era la primera vez que introducía salsas de tomate falsas por el cajón autorizado del doctor Khiffer, que mejor brindaran con el buen ron y demás, dijo el cocinero. Otra de las preguntas cayó después de tres copas cuando Spencer soltó sin tacto una curiosidad guardada desde hace tiempo. Málaga no tuvo más que sincerarse: que era mentira lo que le había contado, que sus participaciones en el cine no habían sido tan pocas ni tan dignas como lo había hecho creer a los que eligieron el personal, que había dado vida a personajes principales en varias películas de gente como él, que lo sucedido en el vestidor de la última de ellas lo hizo abandonar el medio artístico para siempre, que no se había dado cuenta del propósito perverso de aquel video casero pero que tenía una dignidad a toda prueba, que no defraudaría sus valores de nuevo, que él era su mejor amigo y otras cosas más. El señor Málaga se paró sobre la cama y dio un beso en la mejilla a Spencer quien no tuvo más que brindarle un abra-

zo de compañeros. Y es que la historia del señor Málaga salía de la normalidad. Queriendo olvidar aquella etapa de su vida el señor Málaga había trabajado para una cadena trasnacional de comida rápida donde escaló de ser personal de aseo al puesto de tablaero, después al de mesero sustituto con propinas aceptables, y por último, como un favor del párroco de su localidad, cambió de dirección a la cocina donde pasa ahora la mayor parte de su vida. Aunque nadie lo quisiera creer, decía solemne, las tartas y los embutidos habían hecho más por su vida que su incursión por el bajo mundo del espectáculo en video.

Como ya Málaga había soltado la sopa, Spencer no tuvo otra opción. Aunque todavía no caía en estado de ebriedad, aceptó sentirse enclaustrado: que mataría por estar haciendo lo que ya se imaginaba, que ya no soportaba más esa soledad que le inquietaba todo el cuerpo; que urgía de un consuelo permanente y estaba harto de aquel encierro. Al terminar su monólogo, ya que Málaga evidenciaba no comprender su infierno, Spencer cambió de tema brindando por las mujeres, siempre y cuando fuera por otras que se encontraran en el exterior. Llevó a la boca el último trago antes de que el cansancio lo venciera con un bostezo y se despidió para ir a dormir, esto sin haber completado una sola tercia, un solo juego de cartas. La despedida fue nuevamente calurosa por parte del señor Málaga quien le ofreció un estrechón de manos y algunas frases almibaradas sobre su destino común y el futuro de sus vidas. Antes de salir del cuarto, Spencer quiso entrar al baño del cocinero pero observó de reojo una diminuta silla frente al retrete. Para evitar la incomodidad de quitar

dicho anexo necesario para su amigo, la vergüenza que sufriría ante la explicación de Málaga, prefirió dirigirse al sanitario de la estancia principal.

Días después llegó una noticia esperada ansiosamente por los miembros. Como un aliciente más, el doctor Khiffer aumentaría un bono por trabajo extra a la cantidad recibida cada mes. Con impotencia aceptaba la clausura de varios experimentos debido a ciertos errores ajenos, pero aún creía posible abarcar más del sesenta por ciento del total de actividades si se apuraban los resultados en el área de la microbiología. También era necesario dar por terminado lo antes posible el caso de las legumbres gigantes con mejor sabor, y sobre todo iniciar las investigaciones en el área de especies acuáticas: que los integrantes podían declinar su participación a esta posibilidad si así lo consideraban, que estaba seguro no sería así por todo lo que el Departamento Central había hecho por ellos, que ya no le importaban las tercas imperfecciones de la cúpula, que bastaría con el nuevo calendario para satisfacer a las firmas patrocinadoras. Acabando la lectura de estos puntos, todos salvo Chase accedieron y ni el doctor Khiffer ni los integrantes hicieron preguntas.

El trabajo más fresco fue para Melinda, ya que tendría que sumergirse en el estanque de los peces para colocar un equipo de termómetros. Debía aumentar la temperatura, disolver trescientos cincuenta gramos de cloruro de sodio y aplicar algunas gotas de medicamento en el cuerpo de los enfermos. Éste era el procedimiento habitual para los indicios de infección. Por los resultados que aportaron sus mediciones después de multiplicar cifras según

el instructivo oficial, el gran japonés rojo debió permanecer en la red de maternidad debido a la injustificada aparición de la enfermedad del terciopelo, consistente en una capa de color blanco parecida a la de la tela, que cubría a los peces infectados impidiendo su aleteo y provocándoles un nado horizontal sumamente doloroso. Dos días atrás, la primera mortandad no programada del proyecto flotaba grisácea en el estanque cuando la infección alcanzó al cardumen de paletas, la especie más vulnerable a la temida enfermedad. La detección de los síntomas fue tardía y los restos fueron enterrados en el sembradío cercano al acuario.

Aunque para todos el estanque era un lugar donde sólo Melinda habría de sumergirse por el trabajo, aquella sensación paradisíaca sería compartida con Chase varias veces por la noche. En uno de sus encuentros nocturnos, Melinda le confesaría que algunos meses después de su noche de bodas su exmarido la había amarrado a la base de la cama para que no saliera más a la calle. Durante ocho días de secuestro Melinda fue cuidada por la madre de su marido, quien la abasteció de agua y pedazos de carne. Los celos de su pareja subirían tan alto que en un ataque de ira fanfarroneó con someterla a una intervención quirúrgica para implantarle en la nuca una pieza de oro. La pieza sería captada por un sistema de radar por medio del cual sabría su posición con coordenadas precisas: que acaso no creía esa loca advertencia era bastante para pedir el divorcio, que el juez dictaminó en cuestión de minutos su desviación mental, que eso era lo más insano que le había sucedido.

Gracias al empeño mostrado por Melinda, el japonés rojo fue reintegrado a la vida en el estanque presentando un cuadro clínico inmejorable. Como una atención más para los peces del acuario, Amanda debió guardar las moscas y zancudos que aparecieran muertos por la cabaña ya que sus líquidos corpóreos y los pequeños filamentos de sus patas constituyen el alimento ideal para fortalecer el cartílago de las aletas dorsales. Después de este energético se les suministró alimento vivo, constituido por artemias congeladas y salamandras cultivadas en el serpentario. La tarea de congelar el alimento vivo le correspondió al cocinero Málaga. Alguna tarde, creyendo de nuevo hacer gracia a todos y arriesgándose a una amonestación del doctor Khiffer, el señor Málaga etiquetó el frasco de artemias del congelador con la frase: *Ingredientes para el flan*. Cuando la señora Amanda se percató de la broma quitó el letrero del frasco inmediatamente, refunfuñado palabrerías en contra del cocinero. Al percatarse de lo sucedido, la anciana Phyllis dirigió su silla de ruedas al lugar del cocinero para advertirle lo peligroso de su circunstancia. Por si no lo sabía o lo había olvidado, una de sus tareas más importantes era la de informar al doctor sobre cualquier anomalía en las funciones de cada uno de los integrantes. Entonces la anciana intentó dialogar con el cocinero: que él tenía la culpa por portarse mal, que hubiera podido hacer bromas de otro tipo, que lo perdonaría con una condición, que ya que bromeaba con los antojos de los demás no diría nada siempre y cuando le hiciera un flan de verdad.

Terminadas sus tareas en el acuario, sin dejar a un lado sus noches de esparcimiento con Chase, Melinda siguió

pasando sus días por agua. Le correspondía el riego de químicos sobre el sector de frutas y legumbres, un trabajo que requería de toda su concentración y que al cabo de seis días abandonaría sin que, creyó estar segura de ello, pudiera producirse algún cataclismo. Mala suerte fue que contra su creencia, la anciana Phyllis cumpliría de nuevo con su trabajo. Sin ningún remordimiento, la anciana se dirigió al laboratorio para tocar la puerta una y otra vez hasta que el doctor Khiffer pudo atenderla: que se había enterado por sus averiguaciones que Melinda no había trabajado en su sector, que las plantas estaban pálidas y demás. Aunque intentó mantener la calma, el científico no pudo aguardar a que la anciana terminara su discurso: que se callara un momento, que si había alguien encargado de hacer alguna averiguación era él mismo y nadie más, que era la última vez que pasaba aquello, que dejara de inventar cosas sin sentido ya que las plantas no palidecían al antojo de las mujeres. La anciana guardó silencio y el doctor Khiffer se dirigió a la sala de estar en busca de Melinda. Al verla sentada en el sofá le pidió se levantara y diera la cara frente a las acusaciones de la anciana: que le diera una explicación acerca del trabajo en las hortalizas, que tomaba su indisciplina como una bajeza insultante. Melinda levantó el rostro y se dirigió ofuscada al doctor Khiffer: que la anciana no probaría nunca que había sido por su culpa, que por si no le quedaba claro ella era humana y con errores, que ya empezaba a hartarse de estar encerrada en aquel lugar donde no pasaba nada importante, que no eran modos los suyos de reprender a las personas y cosas del mismo estilo que grito mientras se dirigía rápi-

damente a su habitación. La trifulca no pasó a mayores ya que a los pocos segundos que Melinda azotara la puerta el doctor Khiffer le daría alcance. A punto de cumplirse los veinte minutos de charla en privado, Melinda saldría de su recámara con un buen semblante y el ánimo recuperado, y el doctor Khiffer, con una sonrisa inequívoca de satisfacción, invitaría a los integrantes a recuperar el espíritu original de Globe, el espíritu de fraternidad y amor por la ciencia.

Pero lo cierto es que en los ojos de los integrantes se observaba que tal recuperación sería, por lo menos, una muy difícil tarea. Los de Chase por ejemplo, lo delataban. Su débil reflejo decía que por lo menos sumaba una semana trabajando en bajo impacto por un hastío acumulado. No era raro. Desde días atrás las actividades del grupo eran monótonas. Despertar muy temprano y escuchar esas cintas, algunas grabadas con un bullicio de extraterrestres y otras en un lenguaje cercano al de los insectos según Spencer, tomar después asistencia haciendo creer que se tienen no una sino varias dudas sobre el tipo de piel de cada una de las serpientes; discutir, analizar y volver a discutir con quien estuviera enfrente para luego dirigirse a la cocina y zamparse un platillo hecho por Málaga que, para ser realistas, no siempre las tenía todas consigo en la suerte del cocinar. Hacía tres o cuatro semanas, por mencionar cualquiera de sus casos, mezcló varias recetas sin darse cuenta. De este modo lo que salió del horno presentaba una forma triangular parecida a una mantarraya, tenía la consistencia exterior de un capeado, guardaba un centro viscoso como el de un volcán de carne y albaricoques re-

cientemente despierto. Aunque Amanda se negó a probarlo, fingiendo pésimamente un dolor de estómago por el exceso de dulces enviados por su madre, Chase por su parte y sin tacto alguno, apartó el plato de su vista y se dirigió a su recámara con cara de asco. Al percatarse del gesto, Málaga se disculpó para después tomar rumbo al cuarto de lavado con cara de tristeza.

Y es que Chase al igual que el capeado extraño, era algo que debía de cocinarse aparte. Su *modus operandi* era ya conocido. Bastaba que el doctor Khiffer ingresara en su cuarto dentro del laboratorio, donde permanecía varias horas sin dar signos de vida, para que el joven monopolizara el cuarto del televisor. Chase había ideado la forma de recibir algunas grabaciones de cotejos deportivos haciéndolas pasar por cintas de fiestas familiares. Una cortinilla de algunos segundos, compuesta por escenas de cumpleaños, la boda de una prima o cualquier aniversario, era suficiente para pasar la aduana del cajón de salidas y entradas. De esta forma, todos los días alrededor de las diez de la noche, Chase y Melinda pudieron observar, como en la comodidad del hogar, infinidad de programas enteros. Desde un concurso de belleza hasta el juego de la conferencia del este, o bien desde una popular novela hasta los dibujos animados preferidos del momento. Y Málaga también formaría parte de aquellos días hermosos. Permanecía pegado a la pantalla a un costado de Chase, con un plato repleto de algunas galletas hurtadas del refrigerador tan controlado, para decir una y otra vez que había pensado mal de él, que lo consideraba un amigo, que seguramente aquel era el inicio de una gran amistad y demás. Y

por supuesto que aquella sería una gran oportunidad para Chase: que si quería un poco más de televisión sólo era necesario que hiciera un par de hamburguesas con queso, que podría pasar un poco de cerveza como una caja de nuevos vasos para la cocina, que sólo era necesario que lo quisiera y demás.

El caso de Melinda era preocupante. En su cabeza se mezclaban grandes cantidades de hartazgo, una especie de odio a la proximidad del otro, y unos nervios que parecían reventar con las actitudes de la anciana Phyllis. Y es que Melinda estaba segura que la anciana enviaba señales constantes para provocar su locura: que si estaba bonito el surcido de su bolsa, que la había mandado su hermana con mucho cariño, que extrañaba a sus perros sobre la cama, que si se había percatado de la forma de comer de Spencer, que no tenía absolutamente nada en contra de las personas de color pero que Spencer no era una buena persona, que si la sacaba a la terraza, que si le untaba mantequilla a su pan, que por favor no la dejara sola en su recámara y demás. Y esa voz chillante, se lamentaba Melinda en sus adentros, esa voz infantil dentro de un disfraz de arrugas era insoportable, como también lo eran sus caprichos de niña, una niña mimada a la que debían decirle que se callará la boca, que no se podía jugar así con el ánimo de las personas: que tenía cada vez más ansias de encerrarla en una vitrina del serpentario, que ganas no le faltaban para dejarla a su suerte en la bodega de los roedores al fondo de la cúpula, que la buscarían por todo el lugar hasta encontrar su cuerpo descarnado por el hambre de las ratas, que la perdonara el mundo por pensar así

de una inválida anciana y algo más. Y al pensar así Melinda no estaba tan lejos de la opinión de los demás. Habría que estar ahí para darse uno cuenta. Hubo una ocasión en que la anciana levantó con sus gritos al equipo. Cuando Chase prendió la luz la observó histérica intentando encaramarse a su silla. Al preguntársele qué le ocurría vino lo peor: que le molestaba el zumbido de una mosca gigante, más negra y grande de lo común, que era imposible creceran de tal tamaño, que si las moscas gigantes picaban, que a lo mejor no era negra sino verde metálico, que parecía querer agredirla con cada zumbido cerca de su cabeza, que la disculparan pero que era inusual sentir ese hostigamiento tan persistente, que el enorme insecto era mensajero de algún mal presentimiento, que por favor la sacaran del lugar lo antes posible.

Como los arbustos, plantas y especies del experimento, los problemas en la vida interior de cada uno de integrantes habían comenzado a formar una maraña, grande y confusa, donde se encontraba escondida la aguja que pincharía el globo.

Y aunque nadie hizo caso alguno del presentimiento de la anciana, ya que todos tomaron su advertencia como un sinsentido más de su comportamiento, la negrura bajo la cúpula estaba más cercana de lo que cualquiera hubiera pensado. Nadie salvo la señora del aseo. A decir de la señora Amanda al conversar con los demás integrantes, ya fuera mientras aseaba sus cuartos o bien a la hora de la comida, era cierto que las cosas iban mal y que la anciana pudiera tener razón en cuanto a la mala suerte por venir.

Y es que nadie le creía a la vieja Arries porque había ido demasiado lejos en sus predicciones. Según su última *visión*, como le decía Málaga a sus comentarios sobre el futuro siniestro, los cuerpos humanos que se encontraban dentro de aquella cúpula eran realmente como el alimento en proceso dentro de los metros y metros de intestinos de un gran insecto o animal primitivo, el bolo alimenticio de una libélula demoníaca, de una descomunal mantis del infierno. Por estos y otros comentarios del mismo matiz, una vez encerrado en el cuarto del Málaga, Spencer no paraba de reír. Se refería a la anciana como un robot fo-

rrado de piel y además profeta, enviado por los más infames exterminadores de otro planeta para aniquilarlos a todos, y a la señora Amanda como la primer idiota terrestre en ser hipnotizada por tan letal mente destructora.

Pero la verdad es que las cosas se comenzarían a derrumbar por lo que parecía una simple obstrucción del desagüe. A pesar de que había sucedido que el remolino del fregadero tardara en irse, en tales casos dos o tres bombeos acababan con el problema, de lo que en ese momento sucedía no había ni la más mínima sospecha. Lo primero fue ordenar a Spencer que revisara la tubería: que con seguridad se trataba de un nudo de cabellos y trapos de Amanda, que le había advertido claramente utilizara una red cuando estuviera en la cocina, que con un alambre y destapacaños ligero sería suficiente para acabar con la repudiable obstrucción diría el doctor Khiffer. Spencer cerró la llave de paso y comenzó a segmentar los tubos del fregadero. Como era su temor, además de los desechos comunes en ese tipo de casos, como las cucharas pequeñas, la tapadera de un barniz de uñas o un anillo de níquel del cocinero Málaga, obstruían el paso varios cuerpos de roedores ahogados. Con esto confirmaba su sospecha: el drenaje había sido invadido por un grupo de ratas de campo y el dique acumulado requeriría de mayor agresividad. Si se acercaba el oído a la tubería, se lograban escuchar claramente los chillidos de lo que parecían ser un buen número de crías sobrevivientes al torrente continuo. Sin solicitar alguna opinión, no tuvo dudas para aplicar el remedio. Para él, no había otra salida que soltar algunas humaredas hasta que los animales desalojaran su

madriguera tubular: que prendería papel periódico en el extremo que daba a la cocina, que soplaría hasta llevar el humo al lugar de los nuevos inquilinos, que también dejaría correr jabón y así no tendrían más escapatoria que salir al área verde y que después ya vería cómo exterminarlas, envenenarlas, quemarlas y algunas ideas más pensadas con la misma rabia por la mente de Spencer, quien llevó a cabo su plan disciplinadamente sin conseguir el menor efecto.

Fue por ello que el doctor Khiffer ordenó a Málaga que dejara la cocina inmediatamente y que se dedicara a ayudar a Spencer. Ya que no podían arriesgarse a la falta de agua, deberían cavar una letrina al costado de la casa y soltar de su jaula a los gatos monteses para dejar a la naturaleza encargada de todo: que los felinos deambularían libres en aquella pequeña selva particular, que ya saldrían las malditas alimañas, que ayudados por su sigilosa presencia y su capacidad instintiva darían muerte a la asquerosa peste de bestias coludas, que sabrían al ser desgarradas por los letales colmillos que nadie juega con el baño matutino de un científico, dijo el doctor Khiffer a los plomeros improvisados.

Mientras la letrina estuvo en uso varios incidentes elevaron la tensión en el ambiente, y tanto Melinda como la anciana Phyllis fueron las primeras en resentirlos: que era muy difícil manejar la silla en aquel espacio, que varias veces la anciana estuvo a punto de caerse, que las cosas de este tipo no se hacían lo mismo a los veinte que a los cuarenta y mucho menos a su edad, que la señora Amanda no tenía porque haber hecho esa cara mientras le entre-

gaba su ropa en el cuarto de lavado reclamaron ambas al doctor Khiffer frente al área de hortalizas. Aquel fue el motivo para que con el consentimiento del científico, intentaran persuadir a Spencer de ayudar en la embarazosa tarea. Así le llevaron un café a la sala de estar, un postre para después de la comida que sólo ellas importaban del exterior y un discurso bien planeado: que por su fuerza ayudaría mejor a Phyllis en esta cuestión, que no podían recurrir a Chase y mucho menos a Málaga, que él era el único que podía ayudarlas y demás. Tras rascarse la cabeza y ojear varias veces la silla de ruedas, Spencer aceptó sin darse cuenta del tormento por el que pasaría cuando Phyllis, sin importar la hora de la noche, mañana o madrugada que fuera, tocara a su puerta con su cara de urgencia. Desde el día de su excavación, la letrina fue el tema de conversación del grupo: que tal o cual se dirigía a la zona fétida, que hablaran a sus familiares por si nunca regresaba del hoyo negro, que los animales eran ellos, que necesitaban algunas máscaras para radiación y otros comentarios del mismo tono. Todos tenían algún comentario al respecto salvo el doctor Khiffer a quien nadie vio por la zona del nuevo sanitario.

Tras largos días de sufrimiento de la anciana, en los que protegía de forma extravagante cada movimiento de su rutina, después de varias tareas deodorizantes de Spencer y Málaga, llegaría el final del *absimo* según el bautizo de Chase. Todo comenzó una noche cualquiera. Mientras que Amanda pegaba algunos botones a una bata del doctor Khiffer oyó algunos golpeteos contra la ventana de la cocina. Se trataba de un gato montés presionando

contra el vidrio el cuerpo muerto de una rata y a treinta centímetros de éste lo que parecían ser miembros cercenados de otras más. Se encontraban, como lo aseguraba un dulce olor expansivo, en un avanzado estado de descomposición. Cuando la señora del aseo se acercó para abrir la puerta, el gato huyó en un parpadeo dejando el tributo a sus pies. Amanda tomó los pedazos y los depósito en una de las bolsas para basura orgánica, y sin demorar avisó al doctor Khiffer que la captura de los roedores se había consumado. Al enterarse de lo sucedido, el doctor Khiffer ordenó el cierre de la letrina: que había causado muchos problemas; que se retiraba a dormir, que antes que se le olvidara Málaga y Spencer deberían bombear hasta cerciorarse que las tuberías estuvieran totalmente desalojadas, que empezaran de una vez sin pretexto alguno.

Ambos trabajaron por horas no sin antes realizar algunos hurtos de bebidas frías del refrigerador de Málaga. Abrieron de nuevo la llave de paso, bombearon una y otra vez, hicieron correr algunas sustancias tóxicas por la tubería del drenaje, hasta que a la mañana siguiente pudieron extraer más cuerpos, algunos muertos, algunos de color rosado por la edad, y muchos con vida a pesar del descrapelado causado por el líquido limpiaestufas de la señora Amanda. Fue necesario como medida de higiene aplicar un par de pastillas desinfectantes por cada hectolitro de agua en la cisterna y remover la parte punteada de las regaderas de las habitaciones para que, con una aguja del laboratorio, se limpiaran los orificios y quitaran los restos obstructores. El líquido lograría una medición sana al cuar-

to día según los estudios bióticos del doctor Khiffer, lo que permitiría emplearlo sin miedo en las áreas de trabajo.

Aquella misma mañana, una recién bañada Melinda intentaría convencer al grupo de dar un regalo a los gatos monteses: que se les debía la liberación de todas las tuberías a esos buenos soldados, que por qué no les regalaban un pastel de carne y un litro de leche, que el señor Málaga sería el encargado especial para encargarse de todo. Fue así que los gatos fueron ganando terreno en el afecto del grupo. Protegidos por Chase y Melinda, se les vería dormir a escasos metros de la terraza, recorrer en círculos una y otra vez las afueras de la cocina, y quejarse con graves maullidos por la ausencia de un bocado sobrante. Habitados a diversos entremeses fabricados con las sobras del día, su estomago se fue ensanchando tanto como su desobediencia y fue por la misma boca que su carisma se vino a pique rápidamente. Ayudados por lo que parecía haber sido un descuido humano, ya que la manija del gallinero no había sido cerrada, los gatos habían asestado un duro golpe tragándose dos ejemplares completos y partido por el vientre a dos más. El doctor Khiffer presionó varias mañanas desde la cabina de audio para que saliera el culpable pero fue inútil. Incluso en el interrogatorio personal nadie dijo una sola palabra o movió siquiera una ceja. Entonces envió a Spencer a crear con un cautín y soldadura una nueva jaula, lo suficientemente resistente, para encerrar a esos desgraciados que habían mostrado, en palabras del doctor Khiffer, un *traidor salvajismo* en contra de los avances: que ni siquiera valía la pena haberlos incluido, que no había podido idear la forma de ensanchar

su piel, que ese era el requerimiento principal de la industria de calzado que pagó su inclusión, que ya era imposible hacerlas de armadillo o tigres u otros felinos, que lo había prometido pero ni modo, que los dejaría morir de hambre y demás.

Tres noches más adelante y por un ataque de misericordia debido al hambre que sentía como propia, las pequeñas manos de Málaga se acercaron cuidadosamente a la jaula de las pequeñas fieras. Su intención era entregarles un platillo rico en proteínas, hecho con las vísceras restantes de las gallinas, un poco de pan molido y especias: que quién los quería mucho, que quiénes eran sus mejores comensales, que quien sabía valorar su gran talento gastronómico y demás. Pero antes de que pudiera poner en el piso aquel manjar ocurriría una desgracia. Al sentir que la puerta se abría, los gatos salieron disparados rumbo a la cocina donde, para la mala suerte suya y de Málaga, se alcanzaba a observar la bata de dormir del doctor Khiffer abriendo el refrigerador.

Ya en algunas ocasiones el doctor Khiffer había sido sorprendido por el señor Málaga en su cocina y a muy altas horas de la madrugada. Era obvio, comprendía el cocinero, que el cansancio acumulado de tanta medición le hiciera ese hueco en el estómago y más aún, que tuviera que cubrirlo con tales emparedados de tres niveles untados siempre con el aderezo que, eso sí le llamaba un poco la atención, había hecho traer del exterior con mentiras innecesarias. Y es que los emparedados desde su proceso de creación eran cosa de contarse. Primeramente se encargaba de echar a la báscula los recipientes de comida.

Habiendo sido el mismo doctor Khiffer el que instauró este requisito en el proyecto, era el deber del cocinero Málaga pesar los víveres continuamente para evitar una fuga alimenticia por parte de los miembros. Después de pesar cada uno, era cuidadoso en no exceder el límite de error tolerado para el puesto del cocinero. Tostaba los panes sin hacer el mínimo ruido y los untaba de lo que pudiera, sobre todo de su aderezo.

Y es que ante tal estampa se conectaba todo en la cabeza del señor Málaga ya que la noche anterior, mientras aseaba el cuarto de lavado, la señora Amanda le había hecho prometer que no contaría a nadie su secreto. No pocas veces en las bolsas de las batas del doctor Khiffer aparecían trozos de carne guisada y algunas manchas de grasa. Ella obviamente no había querido hacer ningún comentario ya que pensaba claro está, en que todo ello era producto de la tensión extrema a la que se sometía el doctor en su enclaustramiento en el laboratorio. Y eso no era todo: que le daba pena decirlo pero en varias ocasiones había observado al doctor Khiffer realizar sus necesidades cerca de la bodega de los roedores, que no comprendía tal actitud, que todos habían utilizado la letrina, que por qué hacía eso y demás le había preguntado Amanda a Málaga la noche anterior. Además, tal vez cuatro o cinco noches atrás, haciendo caso del letrero de *Asear el cuarto*, que debía escucharla con atención porque esto era muy doloroso para ella, había ingresado al laboratorio del doctor Khiffer para encontrarlo sobre la plancha de disección efectuando ciertos movimientos que no era capaz de describir: que seguramente había querido

situar el letrero en la cara de *No molestar*, que a su consideración había sido un mal entendido dijo al señor Málaga la noche anterior, llorando de tristeza mientras aseaba el piso.

Y Málaga seguía atando cabos sueltos en su cabeza mientras que los gatos monteses, recién puestos en libertad por su mano, se dirigían velozmente a la cocina sin que él, boquiabierto y la carne con la que alimentaría a los felinos dando contra el piso, pudiera hacer algo para remediarlo. Al escabullirse en la cocina, justo al momento de percibir al doctor Khiffer de pie frente al refrigerador y antes incluso que el científico emitiera su gesto de enfado, uno de los gatos derrapó por el piso en un intento de dar marcha atrás para salir del atolladero. En ese momento, sin remordimiento alguno y sin percatarse que el señor Málaga se acercaba jadeante al umbral de la cocina, el doctor Khiffer tomó la escoba a un costado de la tarja y asestó un golpe mortal en la cabeza de uno de los felinos. El animal de pelo café a rayas realizó algunos intentos por ponerse en sus patas pero las convulsiones lo sujetaron al suelo. Un instante después del último estertor seco, al ojear la presencia del cocinero Málaga, el doctor Khiffer levantó la mirada, se enderezó y soltó la escoba, para luego formar con sus labios una risa nerviosa: que hola, buenas noches, que como veía lo asustaron terriblemente; lo asustaron terriblemente y mucho, mucho; que no tuvo otra opción más que ocupar la escoba y que la suya era una sola también; que su única opción era callarse la boca sobre lo ocurrido. El señor Málaga asintió con la cabeza y aseó la mancha sanguinolenta que se había formado len-

tamente en el centro de la cocina. Al terminar se dirigió rápidamente a su habitación.

Las jornadas siguientes fueron una copia de sí mismas. La voz del doctor Khiffer justificaría su ausencia por la presión de enviar ciertos resultados al Departamento Central, y los integrantes apresurarían sus tareas al máximo para cumplir uno y otro procedimiento, una y otra medición, para luego dedicarse a sus asuntos personales. Chase se abandonaba a la sala de estar junto con Melinda; Phyllis permanecía por horas en su escritorio para trazar por adelantado la pizarra de actividades de los días siguientes, y Spencer acudía a la recámara del cocinero para tomar un trago ilegal e inventar, una y otra vez, nuevas versiones sobre lo sucedido aquella noche con el gato montes y el doctor Khiffer Von Asesino de Gatos por Nada. Esa era la costumbre de la *pareja dispareja* como le llamaban Melinda y Chase, y también de la señora del aseo quien para adentrarse en las discusiones cumplía sin falta una especie de ritual. Primero ponía a la estufa un pocillo de agua. Mientras lavaba los trastes, para no dejar de fumar sus cajetillas traídas del exterior, sujetaba el filtro de un cigarrillo a una de las pequeñas tenazas para colgar la ropa. Terminaba así con los platos sucios de la cena. Una vez hirviendo el agua preparaba el café y lo ofrecía a Spencer y Málaga: que le abrieran la puerta al café caliente, que si podía acompañarlos un momento porque estaba nerviosa, que tenían razón que ella pensaba lo mismo, que qué bueno que no estaba sola en aquella pocilga y que ya cambiarían las cosas decía Amanda al par de bebedores anteriormente anónimos.

En alguna de aquellas reuniones secretas, que se llevaban a cabo en el acostumbrado lugar de Málaga o en el cuarto de lavado, incluso cerca de la bodega de roedores, los conspiradores se dieron el lujo de desembucharlo todo y especialmente Amanda, esto gracias al ahínco aportado por un licor disfrazado como limpiador de vidrios: que ya no soportaría un segundo más el olor de Phyllis o el chillido intermitente de sus ruedas, que Melinda era una estrella de la actuación con ese pelo pintado; que se pintaba el pelo por si no lo habían notado, que era una hipócrita, que tenía una prueba de latex que apareció flotando en el estanque, que no era merecedora de aquellas noches con Chase, que la perdonaran porque no sabía beber. Entonces el señor Málaga y Spencer observaron como la señora Amanda, hincada sobre el tapete de la habitación, empezó una letanía en voz alta que decía entre otras frases algo sobre la fuerza escondida en la cúpula, sobre la naturaleza finita de las cosas. Y en ese momento Málaga y Spencer comenzaron a entender el misterio de aquel altar en su ropero. Se trataba de algunas tablas de desperdicio dispuestas como pirámide y adornadas con dijes de latón, en las que descansaban figuras hechas de pegamento y papel. Fue el señor Málaga quien diera a Spencer la noticia del sitio en una de sus sesiones gastronómicas: que un día que la señora boleaba los zapatos del Doctor Khiffer entró en su habitación, que colgaban de alfileres tres imágenes extrañas, que estaban bañadas por cera color rojo y que flotaba en el ambiente un olor a incienso y demás. Y recordando aquellas, información Spencer no pudo contenerse frente al trance mostrado por Amanda: que en lo particu-

lar no le interesaban un pepino sus creencias religiosas y era raro que apoyara a la anciana en sus estupideces, que ya sabían lo del altar y lo de la efigie morada bajo la cama que nunca se había metido con ella pero que le comenzaba a incomodar su comportamiento, que dejara de poner los ojos en blanco, decía Spencer, a la señora frente a un Málaga desconcertado. Inexplicablemente, como si no se hubiera dado cuenta de su reciente actuación, la señora del aseo se puso en pie y tomó la escoba para comenzar a limpiar el lugar. Aunque extrañado por sus movimientos el señor Málaga guardó prudencia y le propuso que tomara asiento y bebiera un vaso con agua. En ese momento la pareja de amigos fraguaría un plan: que debían hacer algo, que citarían al grupo lo antes posible y que era necesario llevar todo a un buen final, un final de gente decente, dijo Málaga a sus invitados.

La intención del careo entre los integrantes tuvo que esperar un par de días ya que ni el señor Málaga ni la señora Amanda se atrevían hacer una invitación formal a lo que probablemente sería un campo minado. Además, las tareas cotidianas ordenadas por el doctor Khiffer no lo permitían. El científico llevaba varias tardes sin salir del laboratorio argumentando no poder acompañarlos por sus excesivas cargas de trabajo, que buenas tardes o días o noches; que no podría comer ni un bocado porque él sí trabajaba lo suficiente, y que esperaba que los leales al experimento hicieran lo mismo, que deseaba quedarse únicamente con los corazones fuertes, y que todos debían entregarle sus informes diariamente y demás. En los pocos momentos en que se le veía por la sala de estar o por

el comedor, su irritabilidad se vertía por cualquier insignificancia como el hecho que los saleros no estuvieran llenos, que alguno no comprendiera del todo la información de las cintas, o que alguna bata no apareciera en su ropero con las notas que hubieran estado en ella sobre el buró. Se rascaba la cabeza con el bolígrafo, se propinaba masajes de varios minutos en las sienes o solicitaba urgentemente una tina con agua caliente al laboratorio donde, según Amanda, relajaba sus pies hasta quedar dormido. Y es que el Teléfono Especial acarrea cada vez más problemas para el ánimo del doctor Khiffer: que siempre que el ring aparecía la sacaba del laboratorio con una seña rápida, que le impedía continuar con la limpieza del lugar, que todo estaba sucio pero que no le importaba; que regresaba al mundo de los mortales de mal humor y con trabajo extra, y muchas veces incluso se escondía por horas en el sanitario de la sala de estar decía Amanda a Spencer y Málaga. Y aquel sanitario ya era un lugar que hervía en la sangre de Amanda según comentaba a sus compañeros confabulantes: que era inconcebible comprobar cómo ahí tomaban distinto rumbo las personalidades, y que Chase era el que más ensuciaba, y que ya estaba cansada de los escupitajos en el bote de basura y de las suciedades fuera del bote.

Aquella presión intolerable fue la que motivó a Amanda a no perder un segundo más. A la primera oportunidad que tuvo, por medio de un diminuto papel que situó en propia mano a cada uno, la señora del aseo propuso la reunión. Como Chase sería el único en no entender a la primera dejando el papel sin abrir sobre la mesa, Spencer tuvo que separarlo para decírselo con todas las palabras:

que sin pretextos tendría que reunirse con todos en la terraza, que discutirían asuntos de conveniencia general, que hasta él seguramente lo necesitaba le dijo de frente. Como era obvio que el misterio los llamara a todos acudieron a la cita con el mejor parchado de los ánimos. Incluso Phyllis se empujó hasta la mesa puesta en la terraza, aceptando de muy buena gana una copa de manos del señor Málaga. Bebería una crema dulce casi sin graduación que ella misma importaba para continuar con la tradición familiar de los domingos: que después del postre bebía una copa imaginando que también por su casa la familia hacía lo propio, que gustaba imaginar a su hermano mayor convocando los cantos familiares, y que eso hacían los domingos en el parque frente a la fábrica de neumáticos de su colonia.

Cuando estuvieron todos en su sitio se dejó sentir un silencio momentáneo. Mientras Spencer se cercioró que el doctor Khiffer estuviera laborando en el laboratorio la señora Amanda se dirigió a la cocina para recoger un trapo. A su regreso, sin titubear y en voz alta se quejó de algunas actitudes con respecto a la limpieza: que no era justo, ni siquiera había comenzado la reunión y ya estaba todo manchado de ceniza y frituras, ya no lo permitiría y demás. Al percatarse del motivo de aquella congregación, Melinda se llevó las manos a la cabeza como queriendo rehusar tal pérdida de tiempo, una actitud que prendió una mecha en la cabeza de Amanda. Ambas alzaron la voz y con ellas se alzaron los comentarios de Chase a favor de Melinda y de Málaga a favor de la prudencia y el respeto. En un tris las voces se encimaron y los manoteos fueron

una coreografía general. Sin dar cuartel, los miembros del grupo hacían rebotar del piso al techo un buen número de irracionalidades: que siempre era lo mismo con ellos en ese claustro de excremento animal, que su vida íntima era cosa que a nadie le importaba, que haría hasta lo imposible por poner al tal doctor Khiffer Von Papanatas en el chiquero de los cerdos, que ya sabían lo de Melinda y Chase en el estanque y hasta en la cocina, que jugar así con los defectos físicos sólo podía provenir de una persona de la más baja naturaleza, que si era verdad que las serpientes y changos habían sido exterminados por Khiffer y por eso no se les había visto desde hacía mucho tiempo, que no debían burlarse de su mal aliento porque era una halitosis por enfermedad, que estaba harto de las ranas que aparecían hasta dentro de sus zapatos, que ya sabían quien gozaba de privilegios con el doctor; y si alguien se había dado cuenta ya no existía uno de los gatos monteses, que ya todo era inútil en ese lugar que no tenía ni pies ni cabeza, ese maldito lugar que nadie comprendía para que había sido creado; que todo era una gran mentira y muchas quejas más.

Mientras las lenguas se dejaban sueltas para herir al contrario, debajo de todos los manoteos y amagues, la vieja Phyllis lloriqueaba de pánico sosteniendo su copa intacta. Y no fue sino hasta que esa copa diera con el piso y la cabeza de la vieja Phyllis pendiera sin conocimiento, que la terraza se convirtió en un frigorífico para humanos. La foto fija de la escena permaneció enmarcada unos instantes hasta que Spencer corrió rápidamente rumbo al laboratorio. Desde la terraza se le vio cruzar la

zona verde hasta llegar a la puerta del lugar para derribarla de una patada. Un segundo después, Spencer entró al lugar para pescar al doctor Khiffer por el corbatín y arrastrarlo hasta el lugar de los hechos. Al llegar de nuevo a la terraza, Spencer dejó todo a la inercia de su brusquedad por lo que los botones de la camisa del doctor dieron al suelo junto con él. Los integrantes no atinaban que hacer: Chase se resguardaba en una esquina, Melinda lloraba sentada en el sillón, y Amanda pretendía devolverle el color a la anciana soplándole al rostro y despojándola de su calzado. Málaga intentó ponerlo de pie sujetándolo por los brazos pero el científico lo impidió. A los pocos segundos, la anciana Phyllis regresaría a la escena tan rápido como el mecanismo de una catapulta. Como lo haría en estado de profunda histeria, Melinda terminó sus carcajadas llorosas haciendo de una servilleta de tela una efectiva mordaza. Ya todo estaba hecho. Entre el silencio gestado por el miedo, el cuerpo del doctor yacía en el suelo sin uno de sus zapatos. Aunque sus anteojos se encontraban intactos a poca distancia de su costado, fue necesario que pidiera ayuda para encontrarlos. Haciendo caso a su llamado, Melinda los acercó con el pie. El doctor Khiffer se incorporó con dificultades. Su bata estaba rasgada y su pantalón mostraba algunos tallones verdes por el pasto. Lucía pálido. En el momento en que el doctor Khiffer pudo incorporarse, Amanda y Melinda soltaron las amarras a la anciana. Entonces vieron a Spencer abandonar con un grito la estancia y correr hacia el final de la cúpula. El hombre corría rápidamente hacia el límite del fondo de la cúpula. Movía los

brazos como si batiera un par de alas de arriba hacia abajo, como si fuera un ave huyendo de aquel lugar, gritando de furia incontrolable.

Al día siguiente la pizarra ordenaba las instrucciones de puño y letra del doctor Khiffer: que debían permanecer en los cuartos en silencio y no chismorrear sobre lo sucedido con los demás integrantes, de lo contrario se harían acreedores a una amonestación económica por parte la Corte Especial del Departamento Central, el señor Málaga llevaría a cada uno sus alimentos y no habría trabajo por tres días.

Así fue que se sucedieron las horas sin movimiento alguno salvo el de las charolas del cocinero, los fomentos de árnica que la señora Amanda llevaba al laboratorio, y los paquetes que el doctor Khiffer había hecho traer con urgencia del exterior. Los integrantes sólo se permitían un saludo por la mañana y sus pies no se movían más que para entregar la ropa en el cuarto de lavado. A pesar de la catástrofe en el grupo, la vida de los animales se encontraba detenida en un momento de paz. Las ardillas se prendían del barandal de la terraza aguardando el momento de hurtar alguna sobra, los peces devoraban frascos enteros de moscas, las serpientes parecían gustar de ser olvidadas

en su estado de latencia, los macacos, realmente vivos y saludables, se habían alejado hasta un límite de la cúpula con lo que dejaban claro su desinterés por la vida de los integrantes, y los cerdos parecían más felices que nunca revolcándose unos sobre otros en el lodo nutrido con distintos kilos de químicos.

Además, un caso alejado de la nebulosa al interior de la cabaña, que comprobaba la bondad del reino animal, se dio a la mañana siguiente de la gran batalla. Cuando los rayos del sol pegaban fuerte hinchando la temperatura, algunas ranas de colorido casi eléctrico salieron del estanque para calentarse sobre las piedras cercanas. De color rojo y casi todas no mayores a los cinco centímetros, luciendo unas franjas horizontales amarillentas, saltaron sobre una roca en forma de trapecio, las más grandes del lugar. En aquella superficie caliente mantuvieron la postura necesaria para comenzar su reproducción. El rojo intenso de las *bermellón fluorescente* comenzó a abultarse en la región del pequeño lomo hasta que, con algunos tirones casi imperceptibles, su piel se desgarró dando lugar a la aparición de nuevas crías diminutas. Tras varios minutos de acomodados, las madres saltaron con sus crías hacia el agua tibia del estanque. La creciente familia de ranas de esta especie había sido olvidada por el doctor Khiffer. Según los planes que nunca serían realizados, su estructura celular debía ser estudiada ya que algunos laboratorios farmacéuticos, apoyados por una importante marca deportiva, habían encontrado en ella una forma natural de recubrimiento ocular que daría marcha atrás a los frecuentes desgarres de epitelio en los deportes de contacto.

Cuando la pasividad de los ritmos empezaba a ocupar a los integrantes, una apagada voz del doctor Khiffer apareció por el sonido local: que no repetiría una sola palabra, que la cita sería al día siguiente muy de mañana en la sala de estar, que recordaran muy bien que el espíritu de la ciencia era inmune a ciertas conductas primitivas, que el traje oficial era obligatorio además de una digna presentación. Así, a la hora citada, uno por uno fueron llegando los integrantes que intentaban guardar lo sucedido tras un muro de amnesia. El último en llegar sería Spencer, quien prefirió esperar la llegada del científico dentro del baño común. Ahí encendería un cigarrillo al que le hubiera dado varias caladas de no ser por la voz del doctor Khiffer que al poco tiempo le hizo salir con dos leves golpes a la puerta.

Vestido de traje, con el teléfono privado en una mano y una computadora portátil en la otra, se dirigió a los integrantes: que todo, absolutamente todo se había clausurado ya, que faltaba algo que sabrían muy pronto como conducir, y habría que esperar últimas ordenes. El científico tomó asiento y solicitó un café a Amanda quien sin decir una palabra se dirigió a la cocina. Málaga la acompañó rápidamente. Melinda, Chase y Spencer no abrieron la boca. Mientras la tensión crecía, Phyllis anudaba y desanudaba el mango de una bolsa en la que podía adivinarse, debido a los sonidos de cada uno de sus movimientos, guardaba cartas o notas diversas.

Tras varios minutos de silencio, sonó el ring del teléfono especial. El doctor Khiffer escuchaba atentamente. Con un evidente nerviosismo caminó varios círculos por

la estancia hasta colgar el teléfono. Una vez que el teléfono quedó sobre la mesa, echó una última mirada a los integrantes del grupo. Por alguna razón extraña observó con detenimiento la mollera del señor Málaga, quien permaneció cerca de él, con su taza de café en la mano.

El doctor Khiffer se dirigió sin preámbulos a las manivelas de seguridad de la puerta de Globe. Cuando los giros terminaron, los integrantes oyeron alarmados algunas voces. La incertidumbre pronto se desvaneció. Ante ellos se presentaron cordialmente cuatro hombres adultos y una mujer que sin brindar una identificación precisa dijeron trabajar para el Departamento Central. Una vez presentados siguieron el paso del doctor Khiffer rumbo al laboratorio.

Se trataba sin dudas de una reunión a puerta cerrada. Durante varias horas, el doctor Khiffer fue expuesto a lo que pareció ser un cuestionario exhaustivo, ya que se le vio salir varias veces a tomar el aire fresco, holgar el cuello de la camisa y limpiar varias veces su frente con un pañuelo. En una de sus salidas uno de los hombres lo acompañó. Tomó al doctor Khiffer del brazo mientras el científico tosió hasta desgañitarse. Una y otra vez escupió hacia las plantas más cercanas a la puerta del laboratorio.

Al cabo de tres horas los integrantes fueron solicitados por el sistema de audio. Se les invitó a tomar asiento con un ademán respetuoso. La razón de aquella súbita reunión era la de charlar amigablemente sobre lo sucedido días atrás: que todos sabían lo ocurrido y era necesario saber sus opiniones de la forma más honesta; que claro, era posible que tomaran agua; que solicitaran a la señora

Amanda o a Málaga lo necesario antes de comenzar que no habría ningún tipo de reprimendas y demás. No fue necesario mayor preámbulo para que apareciera la primer opinión. Pues que él no tenía la menor de necesidad de hablar más que lo que ya todos habían escuchado de su boca. Para él era claro que el principal desastre del llamado “experimento”, que tenía que hacer ese además de entrecomillado ya que todos habían hecho alguna vez lo mismo, había sido la estúpida soberbia de ese hombre parado ahí enfrente de nombre no sé qué Khiffer. Eso era lo que había estado mal y que si ellos podían hacer algo era precisamente aquel anciano el que merecía un castigo de su parte. Fumando y llevándose en ocasiones las manos a los bolsillos, los miembros de mando del Departamento Central escucharon sin interrupciones al primer integrante y le dieron las gracias.

Entonces se dirigieron a los demás con la misma pregunta. Nadie se atrevería a tomar la palabra más que el miembro que la había dejado un minuto atrás: que cómo era posible que lo cortaran así, que era mentira que quisieran hablar «sinceramente», «honestamente», «amistosamente»; que comprendieran que debía continuar haciendo esa mímica de las comillas pero que ya era el colmo, que por qué no habían hecho un comentario de su opinión, que nada más faltó comenzara hablando mal del doctor Khiffer para que lo echaran a un lado, que él era quien tenía algo que decir y que lo escucharan hasta el final.

Así que el miembro del equipo dio marcha atrás para recordar el reclutamiento de personal para Globe: que le dijeron pasara, se desvistiera y se pusiera esa bata que le

llegaba a las rodillas, que luego le pidieron se acostara boca abajo sobre la plancha. Entonces el entrevistado se sintió evidentemente abochornado: que los guantes y los dedos del médico, que si eso había sido inminentemente necesario o sólo se aplicaba a solicitantes de color, que no le parecía la mejor bienvenida y demás.

Ya los líderes del Departamento habían dejado sus sacos sobre las sillas y habían hecho tomar asiento a Amanda para que dejara de limpiar los muebles de un lado a otro, cuando agradecieron las palabras del entrevistado: que era como se quería conversaran con ellos, que a pesar de la jerarquía y los aparatos de comunicación que los acompañaban ellos también eran parte del equipo y demás. Preguntaron de nuevo y el silencio permaneció por unos cuantos segundos hasta que una mano se levantó para pedir la palabra mediante algunos tosidos leves: que bueno, pues ella no sabía muy bien qué decir; que no sabía quién de ellos había decidido su inclusión pero que le agradecía a todos que la hubieran invitado, que había aprendido mucho alla adentro y que si había pasado algo malo era porque así eran las cosas, que era normal que todos se enojaran por un tiempo pero que ya pasaría todo, que por favor le avisaran cuando se diera otro acontecimiento del estilo porque le gustaría mucho volver a participar en uno de ellos, que si en algún momento había causado alguna molestia por su vehículo chillón la disculparan, que había sido un obsequio de su hermano, que ya les había platicado de él a todos y que bueno pues, ya para terminar debía pedir un aplauso al doctor Khiffer ahí presente, ya que sin su dirección nada de todos esos grandes experimentos de

ciencia hubieran sido posibles. Aunque caricaturizado, sólo los directivos del Departamento Central hicieron caso de la petición del aplauso: que estaba bien, que nadie más era el padre de aquel experimento, que seguirían con las demás opiniones y ya habría momentos para festejar.

Entonces surgió una opinión de forma espontánea. Pues sí que estaba bien, que claro que era un hecho que él mandaba a todos bajo la cúpula pero que si el señor era autocrítico, y eso se lo decía de frente para que luego no inventaran nada de su persona, tendría que aceptar que todo había estado mal organizado y que él sabía perfectamente a qué se refería, que por poner sólo un ejemplo, si ella había dejado de hacer lo del trabajo de las plantas, era porque se había enterado de cosas bastante extrañas, que por ejemplo qué era eso de la bodega de roedores, que lo que ahí había visto, y el joven sentado a su lado estaba de testigo y no sabía si ellos lo sabían, era un lugar acondicionado con un sofá y un refrigerador, y que había también un teléfono; que además se veía desde adentro todo lo que pasaba en la cúpula, que era de esos vidrios que nada más se ven desde un lado y que bueno, pues eran ésas las cosas que no entendía, que por qué no se había dicho la verdad, que si no creían ellos que hubiera sido más fácil para todos, preguntó a los directivos y al Doctor Khiffer. Los miembros del Central guardaron silencio y asintieron con la cabeza todo lo que la mujer dijo. Uno de ellos, inmediatamente después de que la participación anterior hubo finalizado, no tuvo más que levantar las cejas para hacer sentir al más abstraído la necesidad de responder. Primero se dieron las risas y los levantamientos de hom-

bro hasta que comenzó la conversación: que pues él no quería meterse en problemas, que lo que tuviera que pasar pasará de una vez y que era todo lo que tenía que decir, que eso era todo lo que se tenía que hacer porque para qué más alharaca, que ya todo estaba terminado, que no le interesaba saber si era cierto o no lo de la muerte de varias especies, que la verdad le daba igual y que lo único que quería era aclarar que no tenía nada de parentesco con el doctor Khiffer como se rumoraba entre los integrantes; que él sabía perfectamente bien que estaba prohibido sumergirse en el estanque y todo eso pero pues qué se le iba a hacer si ya todo estaba hecho, que lo que quería preguntarles a ellos o al doctor era para cuándo estaba programada la salida de aquel lugar porque ya no quería estar más tiempo ahí, y que no le importaba si le pagaban o no su último cheque y otras cosas sobre el perdón a todos los integrantes.

Entonces los directivos del Central pidieron la atención del grupo: que después de todo tendrían que hacer importantes modificaciones al programa, que en las horas o días siguientes verían pasar varias personas uniformadas del Departamento Central para arreglar las cosas, que los miembros de Globe, es decir ellos, quedarían a disposición de aquellos equipos; que por lo pronto fueran a sus habitaciones, que estaban para servirles y estarían ahí para aclarar alguna duda a la hora que fuera, y por el sistema de información se les harían saber las nuevas noticias a la mañana siguiente.

Spencer dormitaba con las ropas puestas, Málaga daba fin a una bolsa de caramelos, Amanda terminaba de asear la cocina y el baño por órdenes del doctor Khiffer, y Melinda y Chase acompañaban un café con algunas cintas de dibujos animados cuando fueron requeridos en la estancia. Una vez reunidos, fue abierta de nuevo la compuerta principal para dar paso a un gran número de obreros que tomaron su lugar frente a la terraza. Una vez formados en filas de diez, los directivos del Departamento Central y el doctor Khiffer hablaron frente a los integrantes sobre los trabajos a realizarse en las próximas horas. Las brigadas ahí reunidas tenían la obligación de restaurar algunas zonas del experimento. Cada uno de los integrantes del equipo de Globe se integraría a una brigada para asistirle en lo necesario. Se trabajaría de esa forma hasta nuevo aviso y sin excepción alguna, una vez que se rompieran filas, se cumplirían a cabalidad las órdenes de los respectivos jefes de brigada, identificables por vestir de color azul. Se plantarían hortalizas en sitios ya establecidos, se vaciaran cientos de costales de tierra en los lugares donde hiciera falta,

se introducirían algunas especies animales al fondo, se instalaría un nuevo equipo de computo en el laboratorio del doctor Khiffer, así como otras tareas del mismo orden. Quedaba estrictamente prohibido acercarse a la compuerta principal por, lo que agradecerían no acercarse a aquella zona. Un equipo especial vestido con trajes de un color oscuro se dedicaría exclusivamente a la revisar las pertenencias del grupo. Les solicitarían de la manera más atenta dieran su firma de consentimiento. Ellos garantizaban que sus pertenencias serían registradas respetuosamente por el Departamento Central como lo señalaba el Manual de Procedimientos. Además una vez firmado dicho documento de aceptación, los integrantes podrían acompañar a los encargados de la revisión a cada una de las habitaciones. Antes de iniciar los trabajos, los directivos del Departamento Central colocaron un reloj a la vista del personal. Eran las diez y trece de la mañana en punto, y a las cuatro de la tarde se reunirían de nuevo en el mismo lugar para tomar los alimentos. Que se empezaran las actividades con orden y rapidez.

Las brigadas no pararon en su labor salvo por las horas de su comida. Una y otra vez se les vería introducir cajas y jaulas al experimento. Se requirieron cerca de tres jornadas para finalizar los arreglos de la flora y fauna del lugar. Fue removido el óxido de parte de la estructura del domo, se limpiaron algunos acrílicos de la cúpula y se cortaron las ramas podridas de varios árboles. Entre los trabajos más clasificados, en los que se ordenó que los miembros del equipo permanecieran en sus habitaciones hasta nuevo aviso, se llevaron al exterior varias bolsas de plásti-

co color negro que se encontraban dentro del laboratorio del doctor Khiffer. Aunque los jefes de brigada del Departamento Central extremaron las medidas de seguridad, Málaga comentaría a los miembros que extrañamente, dichos envoltorios no fueron extraídos por la compuerta principal sino por la antiguamente conocida como bodega de roedores: que seguramente por ahí había alguna salida de emergencia, que lo consideraba lo más cuerdo por si algo malo sucedía durante el experimento, que claramente era una puerta secreta por razones de seguridad.

Cerca del fin de la última jornada, los equipos de trabajo se formaron para recibir los últimos alimentos. Mientras duró su estancia bajo la cúpula, sus tiendas de campaña fueron arregladas y abastecidas de lo necesario por la señora Amanda quien, sin demorarse a las órdenes del doctor Khiffer, dispuso en ellas botellones de agua y vasos, así como repelentes para mosquitos, algunas banditas y antisépticos para cualquier percance de trabajo. Como era su obligación establecida en su contrato, Málaga fue el encargado de preparar las comidas multitudinarias, y Spencer, Chase y Melinda apoyaron cada uno los trabajos de su brigada como fue indicado días atrás. La anciana Phyllis Arries en cambio, permaneció en la sala de estar al resguardo de una asistente especial.

Una vez terminada la comida final las brigadas formaron filas. Posteriormente, los jefes de cada una de ellas se acercaron a una mesa en la que los miembros del Departamento Central así como el doctor Khiffer, analizaron la documentación aportada en sus papeletas. Después de que cada uno de ellos firmara el fajo de documentos

recibidos, el grupo de directivos y varios miembros de vestimenta oscura se fundieron en un abrazo con el doctor Khiffer. Entre agradecimientos y felicitaciones, aquella despedida tomaría varios minutos. Al terminar el acto de despedida sería el mismo doctor Khiffer quien acompañaría a los equipos al exterior y daría vuelta a las manivelas de la compuerta principal.

De regreso en la terraza, llevando en la boca un puro recién encendido, un obsequio entregado hacía algunos minutos por sus amistades del Departamento Central, el doctor Khiffer dejó su bata sobre la mesa y pidió al grupo guardara silencio: que como ya sabían, todo había terminado; que el día siguiente sería el final, que estaba todo controlado y que esperaba siguieran las órdenes que les habían sido dadas por los directivos del Departamento Central, que se dirigieran a sus recámaras para descansar, que los vería por la mañana a la hora estipulada y que todo saldría bien.

A la mañana siguiente, el rostro de Chase se repetía como calca en los demás. Sus ojos abolsados hablaban más de una noche pasada por la vigilia que por la almohada. Vestidos nuevamente con el traje oficial y con su equipaje listo, los integrantes fueron formados en la estancia por el doctor Khiffer: que sus familiares habían sido enterados con anticipación como se había acordado, que una vez estando en el aeropuerto en menos de cinco horas estarían con ellos, que les recordaba tenían que mostrarse tranquilos ante la prensa y no hablar una sola palabra con los periodistas, que pusieran como pretexto una fuerte jaqueca debida al cansancio, que nada malo pasaría si adjudicaban su silencio al sentimiento encontrado por encontrarse de nuevo en el exterior, y que no era posible que Chase y Melinda aparecieran ante las cámaras con esos lentes oscuros. Terminando sus palabras, el doctor Khiffer habló por última vez por el teléfono especial. Cuando fue confirmado el momento de su salida, solicitó al grupo le siguiera el paso hasta la compuerta principal. Una vez ahí, pidió a Chase diera vuelta a las manivelas de la compuerta.

El doctor Khiffer fue el primero en recibir a la prensa sonriente y con los brazos abiertos. Gracias a la cuidadosa invitación del Departamento Central, acompañados por un grupo musical cuyo telón de fondo mostraba los logotipos de las empresas patrocinadoras, se observaba a un gran número de personas festejando y a cerca de cincuenta corresponsales reportando el suceso a la prensa internacional.

Aunque los periodistas reclamaron ansiosamente algunas palabras de los integrantes, fue imposible que pudieran entrevistar al equipo de Globe: que se les estaba abriendo paso rumbo al helicóptero, que no podían esperar más para llegar a sus hogares, que comprendieran su sentimiento, que se hicieran a un lado y demás, diría un oficial a los reporteros.

Chase y Melinda apretaron el paso rumbo al helicóptero sin siquiera voltear a las cámaras. A muy pocos pasos les seguía la anciana Phyllis, empujada por la señora del aseo, quien había fijado a la silla un banderín del experimento por órdenes del doctor Khiffer. Por último, Spencer ayudaba a Málaga con algunas bolsas de comestibles. Al sentir la presencia de los micrófonos, el cocinero tomó del brazo a su compañero para pedirle un favor al oído: que le inquietaba aquella multitud, que por favor lo cubriera entre sus ropas y algo más sobre el vuelo rumbo a casa.

0	11
1	15
2	21
3	27
4	32
5	44
6	67
7	77
8	89
9	106
10	114
11	118

*La presente edición se terminó de imprimir en el mes de
septiembre de 2002, en los talleres de Litoarte, S.A., con un
tiraje de 2000 ejemplares y estuvo al cuidado de Agustín
Cadena.*

